

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

brigada-77

adam surray



—Quiero el divorcio, Ernest.

Ernest Robson, que consultaba los resultados de la última carrera en el hipódromo Golden Gate Fields, desvió la mirada del periódico para posar sus ojos en la mujer.

Judith. Veintidós años de edad. De una belleza imposible de describir con justicia. Incluso en aquellas primeras horas de la mañana, recién despertada y con el cabello desordenado.

No importaba.

Judith era como una diosa.



Adam Surray

Brigada-77

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1337

ePub r1.0

Lds 10.09.18

Título original: *Brigada-77*

Adam Surray, 1976

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Quiero el divorcio, Ernest.

Ernest Robson, que consultaba los resultados de la última carrera en el hipódromo Golden Gate Fields, desvió la mirada del periódico para posar sus ojos en la mujer.

Judith. Veintidós años de edad. De una belleza imposible de describir con justicia. Incluso en aquellas primeras horas de la mañana, recién despertada y con el cabello desordenado.

No importaba.

Judith era como una diosa.

También su cuerpo poseía la perfección de una deidad griega. Lucía una corta túnica. Muy transparente.

—¿Es una broma?

Judith rió en despectiva carcajada.

—¿Una broma, Ernest? ¿Tan absurda te resulta la idea? ¿Consideras inadmisibile que alguien quiera abandonar al gran Ernest Robson? No, querido..., no es una broma. Llevo meses pensándolo. No lo soporto más. Todos los días son una repetición del anterior. El rápido desayuno, un beso y hasta la noche. Siempre que no aparezcan dificultades. Son casi dos años de matrimonio, Ernest. Puedo contar las veces que has almorzado en casa.

—Mi trabajo...

—¡Al diablo con tu trabajo! ¡No lo soporto más! ¿Me entiendes, Ernest? ¿En verdad creías que iba a resistir esta situación indefinidamente? Todo el día encerrada en casa, esperando tu llegada o la sempiterna llamada anunciando que te es imposible acudir.

—Conocías mi profesión antes de casarte conmigo. ¿Por qué aceptaste?

Los ojos de Judith llamearon.

Furiosos.

La ira se apoderó de ella. Alterando su respiración. Obligando a su pecho a subir y bajar en descompasado palpar.

—¿Deseas la respuesta, Ernest?

Robson inclinó la cabeza. Como si fuera incapaz de soportar la fría y a la vez airada mirada de la mujer.

Cuando quiso responder, se percató de que estaba solo.

Judith había abandonado la cocina.

Ernest Robson se incorporó de la mesa. Con cansinos movimientos. Impropios de un hombre de su edad, aunque ciertamente tampoco era un muchacho. Treinta y ocho años de edad. Facciones angulosas. Corpulento. Muy cerca de su axila izquierda sobresalía la culata de un revólver, cuya funda pendía de unos tirantes sujetos a los hombros.

Robson recorrió el alfombrado pasillo.

La puerta del dormitorio permanecía abierta.

Judith estaba junto al lecho. La túnica yacía a sus pies. Sustituida por pantalón y sujetador en tul de nylon blanco. Con las manos a la espalda, acentuando su prominente busto, terminó de ajustarse la pieza superior. Sin dignarse a mirar a Robson, fue hacia el armario, eligiendo un vestido al azar.

Ernest Robson, bajo el umbral, carraspeó:

—Roddy llegará de un momento a otro a recogerme...

Te prometo estar a la hora del almuerzo. Hablaremos con más tranquilidad y...

—No hay más que hablar, Ernest. Ya está decidido. Quiero el divorcio. No estoy dispuesta a vegetar, de por vida, en esta maldita casa.

Robson se aproximó a la mujer.

En grandes zancadas.

La obligó a girar, atenazándola por los desnudos hombros.

—Escucha, Judith... Sé que no he cumplido mis promesas, pero todo cambiará en unos días. Me gusta mi profesión. Es lo más importante para mí. Llevo casi quince años en ella.

—Oh, sí... Teniente Ernest Robson, de la Brigada 77. En una unidad especial, donde existen varios tenientes, controlados por un inspector-jefe. Sueldos ridículos para hombres insignificantes.

Robson asintió, con repetidos movimientos de cabeza.

—Lo sé, lo sé... Todo cambiará, Judith. El viejo Neilson se retira. Hay tres hombres para reemplazarle. Yo soy uno de ellos. El más veterano. Fui uno de los primeros en ingresar en la Brigada 77. Estoy convencido de que el puesto de inspector jefe es para mí.

La mujer se zafó de las manos de Robson.

Su risa volvió a sonar, marcadamente despectiva.

—Pobre iluso... Ni tan siquiera te han llegado a proponer para el puesto. Han designado a tu compañero Howard Strode.

Robson parpadeó.

—Eso no es cierto... El comisionado estudiará hoy a los candidatos. Dentro de unos días, se nombrará oficialmente al elegido. Tú no puedes saber nada.

—Okay, querido. Supongamos que fueras tú. Eso no cambiaría la situación. No te soportaría por más tiempo, ni forrado de dólares. Ya he pagado con estos dos años, ¿no crees? Tú empiezas el declive, Ernest. Y con un futuro muy poco esperanzador. Yo soy demasiado joven y ambiciosa para desear compartirlo contigo. Jamás volveré a estar al lado de los vencidos. Tú eres uno de ellos, Ernest. Un fracasado.

El claxon de un auto se dejó oír repetidamente.

Robson retrocedió unos pasos.

Mortalmente pálido.

—Hablares más tarde.

—Tal vez no me encuentres, Ernest —rió Judith, abotonando una falda a su cintura—; pero no te preocupes. Recibirás noticias de mis abogados.

Ernest Robson ya avanzaba hacia el *living*. De allí tomó la chaqueta, abandonando, acto seguido, el *bungalow*.

Un coche permanecía estacionado frente a la vivienda.

El propio Robson abrió la portezuela, acomodándose en el asiento contiguo al del conductor.

El hombre situado al volante entornó los ojos.

—¿La úlcera, Ernest?

—¿Cómo?

—No, no es la úlcera. Tampoco el que «Rayo» haya entrado en quinta posición. Hoy, el problema es más serio, ¿eh?

El auto inició la marcha, alejándose por la longitudinal Mayes

Avenue. En dirección a Russian Hill.

—Roddy...

—¿Sí, Ernest?

—¿Vienes ahora del Departamento?

—Ajá. Entregaré el informe relativo a nuestras investigaciones de ayer, en el caso Jennifer Johnson.

—¿Alguna novedad?

Roddy Powell aprovechó un *stop* para sacar su cajetilla de «Pall Mall». Se llevó un cigarrillo a los labios, tras utilizar el encendedor del auto.

—Ninguna, Ernest. Debemos continuar investigando por los tugurios de Norman Cooper.

—No me refería a eso. ¿Se conocen los candidatos a ocupar el puesto del viejo Neilson?

—Sí.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¡Maldita sea, Roddy! ¡Habla de una condenada vez! ¿Estoy yo? ¿Soy uno de los propuestos?

Roddy Powell frisaba en los treinta años de edad. De atlética complexión. Pelo oscuro. Ojos grises, de metálico brillo. Nariz perfilada. Labios de lino trazado. Mentón semicuartado. De facciones inexpresivas. Frías. Casi crueles.

Vestía chaqueta *beige*, camisa rayada, ancha corbata y pantalón en Príncipe de Gales. No utilizaba funda sobaquera. El reglamentario revólver del treinta y ocho se acoplaba a su costado izquierdo. Bajo el ancho cinturón del pantalón.

—No, Ernest. No te han seleccionado. Sólo los nombres de Howard Storde y Donald Stewart, aunque ya se da por seguro que Howard sea el elegido. Lo lamento.

—No es justo..., no es justo, Rody. Yo soy el más veterano. Uno de los fundadores de la Brigada 77. Con una intachable hoja de servicios.

Powell detuvo el auto frente a un *snack*.

—Te invito a café, Ernest.

Rody Powell, sin esperar la respuesta de su compañero, abandonó el auto. Robson terminó por imitarle.

Penetraron en el establecimiento, acomodándose en los

taburetes del mostrador.

—Sé lo ocurrido, Ernest. Tú eras, hasta hace un par de meses, el candidato ideal. Todos, en el departamento, lo dábamos como hecho. Tú serías el nuevo inspector jefe. Hace un par de meses fue cuando exterminamos al «clan» de Bruno Gallone, ¿recuerdas?

—Sí.

—No recibimos muchas felicitaciones —sonrió Powell, irónico—. La prensa se mostró unánime al acusarnos de emplear métodos brutales. Y el viejo Neilson dudó en someternos a expediente disciplinario.

—Realizamos juntos el informe, Roddy. Yo no utilicé la violencia. Mi lucha era por los elegantes despachos del «sindicato del crimen», dirigido por Gallone. Buscando pruebas, interrogando, haciendo preguntas...

—Y yo husmeaba entre los asesinos a sueldo de la organización. Así lo decidimos, Ernest. Mis... métodos ya son conocidos. Si para que un bastardo confiese debo hacerle saltar un par de dientes, no lo dudo. Le machaco la cabeza hasta que escupa la verdad. Sin contemplaciones. Si hay que utilizar el revólver, sigo la vieja consigna de Hoover. Primero disparar, y luego contar hasta diez. Solucionamos el caso, con el balance de siete asesinos muertos y cuatro con heridas graves. La prensa dijo que ya no eran los tiempos de Hoover y sus muchachos del FBI. Por supuesto que no. Ya quedan pocos «sindicatos del crimen». Actualmente, cada habitante de EE. UU. es un asesino en potencia. Nos vanagloriamos de que Nueva York es la ciudad más peligrosa del mundo. Aquí, en San Francisco, tampoco nos quedamos atrás. Nos exigen mantener la paz y el orden. ¿Cómo combatir a asesinos sin escrúpulos? ¿Con sermones bíblicos?

Roddy Powell, después de su larga parrafada, vació la copa de *brandy* de un solo trago.

Robson, por el contrario, siguió bebiendo pausadamente.

Esbozó una sonrisa.

—Aquella misma semana te iban a ascender a sargento de la Brigada 77.

Powell también sonrió.

Más abiertamente.

—Sigo como vulgar detective. Y tú continuarás de teniente.

Ambos, por la misma causa. Poco importa que sólo yo empleara la violencia. Estaba bajo tus órdenes. Tu deber era impedirme que actuara así. Puedes considerarme culpable, Ernest. Sí..., yo soy el culpable de que no ocupes el puesto del viejo Neilson.

—No digas tonterías, muchacho.

—Tú no aprobabas mis métodos. Me reprendiste en más de una ocasión..., y yo no te hacía maldito caso.

—Soy enemigo de la violencia, Roddy. Aunque reconozco que, de no ser por ti, Bruno Gallone continuaría ahora dirigiendo su «sindicato del crimen». Interrogando por los despachos no se consigue nada. Olvidémoslo. Ya no tiene solución.

Powell encendió un nuevo cigarrillo.

Fijó sus grises ojos en Robson.

—No creí que pudiera afectarte así, Ernest. ¿Tanto significa para ti el cargo de inspector jefe?

Robson se encogió de hombros.

Cansinamente.

—Personalmente, tal vez no... Mi único deseo es cumplir fielmente con mi trabajo. Me honro sirviendo a la ley. El nombrarme inspector era como una recompensa el mis quince años de entrega total, de sacrificios, de privaciones... También está Judith. Se hubiera sentido orgullosa de mí. Sí... únicamente lo lamento por ella.

—Puedes contarle lo ocurrido. Dile que yo soy el único culpable de todo.

—Ya no es necesario. Judith quiere el divorcio.

Powell entornó los ojos.

Algo sorprendido.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Esta misma mañana.

—Oye, Ernest..., ni remotamente quiero entrometerme en tu vida privada, pero apuesto a que Judith sufre una leve depresión. Ultimamente, permaneces todo el tiempo fuera de casa.

—Al igual que tú.

—Sí, pero a mí nadie me está esperando. Judith necesita tu compañía. Es lógico.

—Lo sé.

—¿De veras? ¿Y qué diablos haces aquí? Vuelve de inmediato a

tu casa y sácala de esa jaula. Id al Bosque Muir o a cualquier otro tranquilo lugar, fuera de la ciudad. ¿Cuánto tiempo llevas sin disfrutar de un día de permiso? ¡No lo pienses más!

—Pero...

—¿Qué te preocupa, Ernest? ¿Manchar tu hoja de servicio? Nadie lo sabrá, en el departamento.

—No quiero dejar todo el trabajo para ti, Roddy.

Powell rió en sonora carcajada.

—¿Trabajo? Ahora voy a The Snake. Allí perderé la mañana haciendo preguntas, que nadie responderá. Y por la tarde, pasaré por los restantes basureros de Norman Cooper, con igual misión y resultado. Tú sabes que es así, Ernest. Estamos dando golpes de ciego.

—No sé si debo...

—¡Seguro! Esta noche me presento en tu casa para informarte de cualquier novedad, ¿de acuerdo?

Robson asintió.

Su diestra se aferró al brazo derecho de Powell.

—Gracias, muchacho.

—No pierdas más tiempo.

Ernest Robson abandonó precipitadamente el local.

Powell le siguió con la mirada.

Chasqueó la lengua.

Instintivamente compadeció a Robson. El hecho de estar casado, ya de por sí bastante desgracia, se acentuaba con la unión de una mujer como Judith. Demasiado joven para él. Robson la aventajaba casi en los veinte años. Siempre dominado por el temor a perderla.

Roddy Powell abonó la consumición.

Descendió del taburete, encaminándose hacia la salida.

Al penetrar en el auto, una fría sonrisa se dibujó en sus finos labios. Una enigmática mueca, que endureció sus facciones.

Aqué! iba a ser un día muy especial. La ausencia de Ernest Robson le permitiría actuar con toda libertad.

Roddy Powell utilizaría sus... especiales métodos.

CAPÍTULO II

The Snake.

Un nombre muy apropiado.

Un establecimiento dedicado a la gente joven. A la sana juventud de San Francisco. Constaba de diferentes salas. De entrada, aparecía un coquetón *snack-bar*, le seguía el denominado salón de té, la discoteca y la sala de máquinas tragaperras. Dos entradas principales. Las distintas salas serpenteaban de una puerta a otra. De ahí que fuera bautizado con el nombre de Snake.

Aunque tal vez fuera inspirado en su propietario. Norman Cooper. Una verdadera serpiente de cascabel.

Roddy Powell penetró en el establecimiento.

La barra del *snack-bar*, bastante concurrida. En el salón de té varias mesas ocupadas por parejas. Platicando en la inocente penumbra de unos pilotos rojizos. Conversaciones silenciosas. Casi mudas. Sombras que se confundían en una. El tema de conversación se centraba única y exclusivamente en el intercambio de microbios.

La discoteca permanecía cerrada.

La sala de máquinas electrónicas sí aparecía en pleno apogeo. Chicos y chicas introducían una y otra vez sus monedas de diez centavos, veinticinco, medio dólar y un dólar. Máquinas de todo tipo. Desde las lujosas «slot-machines» hasta las vulgares, de simple competición. También las bélicas gozaban de gran aceptación. Era maravilloso ver a un melenudo apretar, entusiasmado, el disparador de un bombardero atómico, contemplar sus muecas de satisfacción ante la simulada matanza.

Otros muchachos, de gustos más sencillos e inocentes, se entretenían en las máquinas de diapositivas o cortometrajes. Escenas «porno», que eran comentadas con la compañera de turno.

Aquella amplia sala disponía de varias máquinas tocadiscos, cuya música, unida al estruendo de los restantes aparatos, proporcionaba un agradable ambiente.

Sí.

La sana juventud de San Francisco disfrutaba allí plácidamente.

A Roddy Powell, sin duda de costumbres «out», todo aquello le producía náuseas. Acudió al ovalado mostrador, desde el cual se disfrutaba de una panorámica de la sala de juegos.

En la máquina tocadiscos más cercana sonaba un viejo tema «rock». Una muchacha, no más de los dieciséis años de edad, bailaba con un entusiasmo que envidiaría la más consumada «star».

—Eh, Logan...

El individuo del mostrador giró ante la llamada de Powell. Instintivamente, palideció. Se aproximó con forzada sonrisa.

—Buenos días, señor Powell. Norman Cooper no se encuentra aquí...

—Lo sé, Logan, lo sé... Cooper es propietario de muchas cloacas. Trabaja mucho. Es lógico que se levante al mediodía. Estoy aquí para disfrutar del ambiente.

—¿Desea tomar algo?

—Un martini con ginebra.

Logan volvió a forzar una sonrisa.

—Sabe que no disponemos de bebidas alcohólicas, señor Powell. Esto es un centro juvenil y están prohibidas a los menores de dieciocho años.

Roddy Powell chasqueó la lengua.

—Oye, Logan..., el que me consideren idiota es algo que me saca de quicio. Me pone muy nervioso. Estoy tentado de hacerte tragar un par de dientes. En este... centro juvenil no sólo se sirven bebidas de todo tipo, sino que son aderezadas con drogas.

—Eso no...

—Cierra el pico y cumple el pedido, Logan.

La fría voz de Powell hizo retroceder al individuo. Procedió a servir lo ordenado.

Segundos más tarde, Roddy Powell saboreaba su martini con ginebra.

Súbitamente, sonaron unos aplausos, entremezclados con gritos y carcajadas. Una joven pelirroja, de exuberantes curvas, acababa

de realizar una rápida carrera de extremo a extremo de The Snake. Ahora procedía a vestirse, entre el jolgorio de la concurrencia.

Estas cosas eran normales allí.

Las características del local se prestaban a ello.

Roddy Powell, después de contemplar el espectáculo ofrecido por la pelirroja, se vio obligado a reconocer que aquellos malditos sabían divertirse.

Algo desvió su atención de todo aquel bullicio.

Un joven de unos veintidós años de edad. De atractivo rostro y abundante pelambrera. Lucía una chaquetilla de piel «novak», jersey negro y pantalones tipo «jeans». A su lado, una muchacha. Juntos, se disponían a abandonar la sala de juegos.

Powell arrojó unas monedas sobre el mostrador.

Encendió un cigarrillo, antes de iniciar la persecución de la pareja.

Les vio introducirse en el salón de té.

Las mesas de aquella sala estaban separadas por artísticos biombos. Mesa muy baja, y con un solo asiento. Un corto sofá semicircular, en una sola pieza, capaz para sólo dos personas.

La penumbra existente en la sala se aproximaba casi a la oscuridad total. Los escasos pilotos fijos eran más bien para evitar golpearse contra las paredes. Para llamar al barman era preciso presionar el timbre existente en las mesas. El camarero jamás acudía sin ser llamado. Así se evitaba situaciones embarazosas.

Semejantes a la que Powell iba a desencadenar.

Aunque apenas acababan de instalarse, el joven de la chaquetilla ya había pasado al ataque y besaba ávidamente los labios de su acompañante.

—¿Molesto, Warren?

El joven dio un respingo.

Soltó a la muchacha, entornando los ojos para distinguir al intruso situado frente a la mesa.

Le reconoció.

La expresión de su rostro, deliberadamente despectiva, fue elocuente.

—¿Qué quiere, Powell? ¿Cuándo piensa dejarme en paz?

—Quiero platicar contigo, Warren. Dile a la nena que ya la llamarás por teléfono uno de estos días...

—No tiene derecho a...

—¿Qué te parece si le tomo la filiación y comunico con sus padres? Tal vez no les guste que frecuente The Snake, y menos, en compañía de una rata como tú.

La muchacha se incorporó, roja como la grana. Nerviosamente, se alisó la blusa.

—Te llamaré yo, Warren...

Warren Gord no contestó. Se limitó a contemplar la marcha de la joven, con gesto irritado.

Powell se acomodó en el asiento.

Sonriente.

—Diablos..., esto es muy estrecho... ¿Quién era ella, Warren? ¿Una nueva candidata?

—¿Qué quiere decir?

—Demasiado lo sabes, Warren. La trata de blancas es uno de los negocios más lucrativos de Norman Cooper. No se conforma con su red de *night-clubs*, discotecas y demás tugurios. Tampoco le resulta suficiente el traficar con drogas. La corrupción es su principal *hobby*. Jóvenes estúpidas, que se dejan engatusar por figurines como tú. Se enamoran de ti, Warren. Algo, en verdad, sorprendente. ¡Enamorarse de una babosa!

—Oiga, Powell...

Roddy Powell le atizó con el canto de la mano izquierda en el estómago.

Sin violencia.

Lo suficiente para que Warren Gord quedara con la boca entreabierta, incapaz de respirar.

—Es de muy mala educación interrumpir a tus mayores, Warren. Sigamos. Como te iba diciendo, eres tú, y otros de tu especie, quienes reclutan a las jovencitas. Preferentemente de clase media, sin grandes estudios, con reducida familia y aún más reducidas posibilidades económicas. La chica queda embobada por tu prodigiosa labia. ¿Qué les prometes, Warren? ¿La boda fastuosa o un contrato en Las Vegas? Lo cierto es que las infelices terminan con un poderoso cliente de Norman Cooper. Con un bastardo que paga una elevada suma. Después del primer paso, todo resulta fácil. La chica inicia un rápido proceso de degradación. Al cabo de un par de años, es normal encontrarla en el más ínfimo de los locales de la

organización. Después de haber sido sometida a las diferentes escalas, terminan todas hundidas en el fango.

—No tiene ninguna prueba de cuanto afirma...

—Seguro, muchacho. Vuestros procedimientos son contundentes. Amenazas, chantaje, soborno... Ninguna se atreve a delatar vuestro sucio juego. La que no es dominada por el terror, lo está por la droga. Primero, un inofensivo «petardo» o cualquier leve anfetamina. Por simple curiosidad, ella lo acepta. Cuando llega a la heroína, ya está irremisiblemente perdida. Su voluntad es la vuestra. Cumplirá todas vuestras órdenes, sin la menor protesta. Aunque, en ocasiones, surge la excepción. Como en el caso de Jennifer Johnson. ¿La recuerdas?

—¡Jamás conocí a Jennifer Johnson! ¡Ya declararé no...!

Warren Gord se interrumpió, abriendo desmesuradamente la boca. Powell había aplastado el cigarrillo en su mano izquierda. Ningún grito de dolor quedó cortado, al recibir un trallazo en la nuez.

Warren Gord comenzó a vomitar.

—Estás manchando la moqueta, Warren... Cooper te lo descontará del sueldo.

—Le demandaré, Powell...

—No te lo aconsejo, muchacho. A Cooper no le gustan los pleitos con la policía. Tampoco a mí me agradan tus mentiras. Conocías a Jennifer Johnson. Diecisiete años de edad. Rostro pecoso. Muy rubia. Sin padres... Sólo una hermana como única familia. Una buena candidata. Muy pocos se interesarían por su suerte. Pero Jennifer demostró carácter. Hizo frente a la organización de Cooper. Su cadáver apareció en un bidón de basura del Barrio Marton. Asesinada.

Warren Cooper se sujetó la mano izquierda.

Se podía percibir el hedor de carne quemada.

—La policía... El Departamento de Homicidios decretó una sobredosis de heroína... Se cerró el caso...

—¿De veras? Es curioso, Warren... En la Brigada 77 investigamos la muerte de Jennifer Johnson. Incluso tenemos un sospechoso. Un hijo de perra que responde al nombre de Warren Gord.

—Yo no...

—Hola, Roddy... ¿Visita de cumplido?

Powell entornó los ojos.

Frente a la mesa se había detenido una mujer.

—¡Hola, Emma! —exclamó Powell, con amplia sonrisa—. Estaba platicando amigablemente con el bueno de Warren.

—Warren tiene trabajo en la sala de juegos. ¿Puedo yo reemplazarle?

—Por supuesto, Emma. A decir verdad, ya habíamos terminado nuestra grata conversación.

La mujer hizo una leve seña.

Warren Gord se incorporó, alejándose precipitadamente. No sin antes dirigir a Powell una mirada de marcado odio.

Emma ocupó su asiento.

Una mujer próxima a los treinta años de edad. Bellas facciones. Extremadamente atractiva. De escultural cuerpo, pródigo en mórbidas curvas tentadoramente proporcionadas.

Pegó su muslo izquierdo al de Powell.

—¿Por dónde empezamos la conversación, querido?

Roddy Powell, por toda respuesta, entrelazó la cintura femenina, atrayéndola contra sí. Besó los labios de Emma.

Largamente.

La mujer, al separarse, respiró jadeante.

Sacudió la cabeza.

—Roddy..., eres el tipo más extraño que he conocido a lo largo de mi asquerosa vida. En ocasiones dudo de que seas un policía.

—Soy la oveja negra de la Brigada 77.

—Eses un buen policía, aunque no saben valorarte. Jamás pasarás de simple detective, Roddy. No te espera un brillante futuro.

—No tengo ambiciones.

—Todos los hombres tienen un precio, querido. ¿Cuál es el tuyo?

Emma estaba materialmente pegada a él. Quemándole con su cálido aliento. Comunicando el turbador palpitar de su cuerpo.

Powell sonrió.

Emma retrocedió.

Correspondió a la sonrisa de Powell con una cantarina carcajada.

—Eres sumamente peligroso, Roddy... Sería yo quien terminaría perdiendo.

—Mi deseo es castigar a los asesinos de Jennifer Johnson.

La sonrisa se borró del rostro de Emma.

—Pierdes el tiempo aquí, Roddy. Creí que ya te habías convencido. Norman Cooper es ajeno a esa muerte.

—Diariamente, en el departamento de personas desaparecidas, se reciben cientos de denuncias. Un elevado tanto por ciento de los desaparecidos corresponden a muchachas comprendidas entre los quince y los veinte años de edad. Muy pocas regresan a sus hogares.

—Comprendo. Y Norman Cooper es el culpable de eso.

—Jennifer Johnson frecuentó The Snake.

—Éste es el local juvenil más popular de San Francisco, Roddy. Miles de chicos y chicas deambulan por aquí sin que eso signifique estar vinculado a Norman Cooper.

—*Okay*, Emma. Tú trabajas para Cooper y...

—Soy la estrella principal de uno de sus *night-clubs*, Roddy. Simplemente eso.

Powell se incorporó.

Sonrió, palmeando la mejilla izquierda de la mujer.

—Celebraría que así fuera, Emma, Cuando llegué el momento de exterminar el cubil de Norman Cooper con todas sus ratas dentro, no me agradaría encontrarte allí. Hasta pronto.

Powell avanzó por la sala.

Encendió un cigarrillo.

La fugaz llama del fósforo le permitió avanzar con mayor seguridad por aquella penumbra.

Profirió una soez maldición.

Empezaba a cansarle todo aquello. El vagar por los locales, propiedad de Norman Cooper, haciendo preguntas que no conducían a ninguna parte. Dando palos de ciego. Sin resultado positivo.

Roddy Powell dejó atrás la denominada sala de té.

Pasó al *snack*.

Y allí descubrió la inesperada presencia de su compañero Ernest Robson.

CAPÍTULO III

La segunda sorpresa fue ver a Ernest Robson vaciando aquel doble de *whisky*.

—¿Ha ocurrido algo, Ernest?

—Oh, no... Nada de importancia. Simplemente he llegado tarde. Judith ya se había marchado. Me dejó una nota, advirtiéndome que ya se pondría en contacto conmigo, por medio de sus abogados.

—No creí que fuera tan grave.

Robson forzó una sonrisa.

—Tampoco yo... No podía imaginar que llegara a suceder. Estaba tan seguro de mí, de Judith, de nuestra felicidad... Todo era un espejismo. Lo que yo quería ver La realidad era muy distinta.

—¿Sabes dónde encontrar a Judith?

—Posiblemente, haya marchado con sus familiares de Sacramento.

—Entonces solicita un par de semanas y ve tras ella.

—No... Ya es demasiado tarde.

—Tonterías, Ernest. Apuesto a que espera que des ese paso. Que olvides por un momento tus obligaciones y pienses en ella.

—No. No lo haré. Tú fuiste uno de los pocos compañeros que asististe a mi boda. También uno de los pocos en no reírte de mí. Ernest Robson, unido a una mujer, casi veinte años más joven. Ridículo, ¿verdad?

¿Qué podía encontrar Judith, joven y bella, en un individuo como yo?

—Oye, Ernest...

—Fue un chantaje, Roddy —continuó Robson, sin permitir hablar a su compañero—. Un sucio chantaje. La Bisset Company denunció la desaparición de unos importantes documentos.

Investigué, descubriendo al culpable. Era Judith Harvey, una vulgar empleada en las oficinas de la Bisset Company. Me enamoré de ella como un chiquillo. Judith iba a entregar los documentos a una empresa rival. Lo impedí. Los documentos volvieron a la Bisset Company, pero no denuncié a Judith. Unos meses más tarde, cuando le propuse casarse conmigo, no dudó en aceptar. Dominada aún por el miedo a ser detenida.

Powell chupó el cigarrillo.

Impasible.

—¿Por qué me cuentas todo eso, Ernest?

—Así comprenderás que no puedo ir tras ella. Pude hacerla feliz, Roddy. Sólo con dedicarle más tiempo. Con permanecer en casa..., pero yo era un policía con un deber que cumplir. Sin horario fijo. El crimen tampoco tiene un horario fijo. ¿Sabes una cosa, muchacho? Mi desmedido celo por el trabajo era para paliar la falta cometida. Para acallar mi conciencia. Ernest Robson, el veterano policial, encubriendo a una delincuente.

—Olvida eso ahora, Ernest.

—Ya lo creía olvidado. Fue hace dos años... Judith tenía entonces dieciocho. Recién llegada a San Francisco. Aturdida en las inmensas oficinas de la Bisset Company, junto con cientos de muchachas como ella... Fue fácil embaucarla. Judith robó los documentos, dejando varios miles de dólares en la caja. Creyó no hacer nada malo hasta que yo le descubrí que aquello tenía un nombre. Que la podía acusar de espionaje industrial.

—Fue una chiquillada, Ernest. El juez más severo no la hubiera condenado a más de un año.

—¿Aún no lo comprendes, Roddy? Yo soy el único culpable. Ya que obligué a Judith a unirse a mí, debí hacerla feliz. Durante los primeros meses de matrimonio creí haberlo conseguido. Judith me admiraba. Me quería... Yo, lejos de mantener aquella llama, terminé con todo. Ella tiene razón. Soy un fracasado. Continuar ligada a mí, resultaría incluso cruel. No me opondré al divorcio.

—Es tu problema, Ernest. No quiero entrometerme en él.

Ernest Robson comprobó el recibo abonando la consumición.

Sonrió cansinamente.

—Tienes razón. Te agradezco el haberme escuchado y, más aún, el no darme consejos.

—¿Yo? Mi experiencia es nula, Ernest. Soy soltero y pienso permanecer así el resto de mis días.

Abandonaron el local.

—Así pensaba yo, Roddy pero llegué a una edad en que es difícil soportar la soledad.

—También a mí me ocurre. Entonces llamo a cualquier amiga para que acuda a mi apartamento y hablamos de nuestra soledad.

Los dos policías se acomodaron en el auto.

—¿Qué has estado haciendo, Roddy?

—Nada de importancia. Perder el tiempo. ¿Qué te parece si nos damos una vuelta por Barrio Locks? Me gusta babear ante el lujoso *bungalow* de Norman Cooper.

—De acuerdo. Oye..., tienes el portafono desconectado.

—Es mi costumbre al salir del auto.

—Pueden haber llamado de Central —recriminó Robson, conectando el aparato—. Eres muy despreocupado, muchacho. Un día tendrás un disgusto.

—¿Hubiera oído la llamada desde el interior de The Snake? Son detalles insignificantes, Ernest.

A los pocos segundos de haber sido conectado el aparato se iluminó uno de los pilotos, a la vez que se emitía un leve sonido.

Roddy atrapó el micro.

—Aquí coche

B-009

... Powell al habla...

Una voz resopló por el reducido receptor acoplado en el salpicadero del auto.

—¡Maldita sea...! ¡Llevo más de una hora tratando de comunicar! Acudid de inmediato al Departamento. Hay novedades en el caso Jennifer Johnson.

—¿Qué clase de novedades? —inquirió Powell.

—No muy buenas —replicó la voz—. Posiblemente una segunda víctima.

CAPÍTULO IV

Cliff Neilson era astuto como un zorro viejo. Ya próximo a los setenta años de edad y casi con medio siglo de experiencia. Ingresó como vulgar agente de patrulla, pasando por todos los grados de la escala policíaca. Su nombre fue uno de los más sonados para director del Federal Bureau of Investigation, tras la muerte del legendario Hoover.

Neilson no aceptó.

Y no fue por modestia.

Una vez más demostró su astucia. Era consciente de los muchos trapos sucios que el FBI y la CIA guardaban en su interior. Hechos que, tarde o temprano, saldrían a la luz, irritando a la opinión pública.

Cliff Neilson se conformó con crear y dirigir la Brigada 77.

Una unidad especial, con autonomía propia, que actuaba desligada de la Metropolitan Police o demás departamentos oficiales de San Francisco.

Cuatro hombres se encontraban frente a la mesa del despacho de Neilson. Éste los contempló, uno por uno. Inquisitivamente. Entornando sus diminutos ojos hasta casi hacerlos desaparecer confundidos con las entrelazadas arrugas de su rostro.

Detective Rody Powell, sargento Alan Randoplh, teniente Howard Strode y teniente Ernest Robson.

Cuatro hombres seleccionados para exterminar la organización de Norman Cooper.

Cliff Neilson se reclinó en el sillón giratorio.

Carraspeó, antes de hablar:

—Caballeros..., hoy se cumplen exactamente veinte días de la muerte de Jennifer Johnson. El Departamento de Homicidios, tras

dictaminar oficialmente el fallecimiento de Jennifer Johnson debido a una sobredosis de heroína, pasó el caso a la Brigada 77. Nuestra especialidad son los casos difíciles. Aquellos que aparentemente han sido archivados por el departamento correspondiente. No es así. Nosotros empezamos justo donde han concluido nuestros compañeros. Investigamos más allá de toda duda. Jennifer Johnson, poco antes de su desaparición, frecuentó The Snake. Envío una carta a su hermana, anunciando que se ausentaba un par de días para realizar unas pruebas cinematográficas en Los Angeles. Jennifer era menor de edad. De ahí que su hermana denunciara su desaparición a los pocos días. Dos semanas más tarde, aparecía el cadáver de Jennifer en un bidón de basura. Las sospechas recayeron sobre la organización de Norman Cooper. Conocemos sus sucios negocios. Drogas, corrupción, trata de blancas, chantaje, juego ilegal...; pero Cooper lo controla todo muy bien. Jamás se han encontrado pruebas en su contra. Tampoco ustedes, ¿no es cierto, caballeros?

Los cuatro hombres permanecieron en silencio.

Incluso el sargento Randolph y los tenientes Robson y Strode inclinaron la cabeza como avergonzados. Sólo Roddy Powell se enfrentó a la severa mirada de su superior. Con inexpresivo rostro. Como si todo aquello no fuera con él.

El inspector Neilson se incorporó del sillón. Entrelazó las manos a la espalda, comenzando a pasear por la amplia estancia.

—Tal vez nuestro camino sea equivocado.

—¿Qué quiere decir, señor...? —inquirió el teniente Strode.

La voz de Cliff Neilson se hizo más ronca.

Tensa.

—Hace aproximadamente una hora se recibió una extraña llamada telefónica. Un individuo solicitó comunicación con el jefe de la Brigada 77. Fue muy breve. Dijo que estaba platicando con la compañera de Jennifer Johnson. Que volvería a telefonar para indicarme dónde recoger... el cadáver.

—¿A qué compañera se refería?

—No lo sé, Robson. El individuo no aceptó la conversación. Se limitó a dar el mensaje. Nuestros técnicos están preparados para tratar de localizar la llamada; si es que vuelve a telefonar.

—Esto no descarta a Norman Cooper.

—¿Eso cree, sargento Randolph? —replicó Neilson, con leve ironía—. Conocemos sobradamente a Cooper y su forma de actuar. Si quiere eliminar a alguien, no se molesta en comunicarlo a la policía. Eso queda para los aficionados con delirios de grandeza.

—Puede que su intención sea desorientarnos... que desviemos la atención de él y sus delictivos negocios.

El inspector Neilson se encogió de hombros.

Fijó sus ojos en el silencioso Roddy Powell.

—¿Cuál es su opinión, Powell? Sabe que siempre la valoro.

El detective sonrió.

Correspondiendo al sarcasmo de su superior.

—Es la clásica llamada del lector de novelas policíacas que, aburrido de literatura barata, decide convertirse, por unos segundos, en protagonista.

—¿Y cómo sabe que la Brigada 77 lleva el caso de Jennifer Johnson?

—Somos muy populares, señor —contestó Powell, sin abandonar su leve sonrisa—. Recientemente, una publicación especializada en crónica negra narró la historia de la Brigada 77 en ocho preciosos fascículos encuadernares. Cliff Neilson y sus muchachos de la Brigada 77. Ése era el título. En el último capítulo de la serie, a continuación de los casos brillantemente resueltos por la Brigada 77, comentaba nuestra actual investigación en la muerte de Jennifer Johnson.

—Un lector de novelas policíacas, ¿eh?

—Correcto, señor. Se dejan influir por la ponzoñosa mente del autor. Son psicópatas. Lector y autor.

—Muy interesante su teoría.

—Gracias, señor.

—Powell...

—¿Sí, señor?

—¡Olvídela! —vociferó súbitamente el inspector Neilson, golpeando el puño derecho sobre la mesa escritorio—. No podemos descartar la posible veracidad de esa llamada. Usted interrogó repetidamente a Cynthia Johnson. Vuelva a hacerlo. Quiero una relación de las amigas, compañeras o simples conocidas de Jennifer Johnson.

—Eso ya lo he...

—¡Obedezca, Powell!

Roddy Powell se retiró hacia la puerta semividriera. Cuando el teniente Robson hizo ademán de acompañarle, sonó la voz de Neilson:

—Permanezca aquí, Robson. Y usted también, Strode. Quiero tenerles a mi lado, cuando se produzca la llamada. Sargento Randolph..., quiero que controle los movimientos de Norman Cooper, durante las veinticuatro horas del día.

—Muy bien, señor.

Powell y Randolph abandonaron el despacho.

—¿Cómo lo haces, Roddy? —rió Alan Randolph, divertido—. Tienes la virtud de irritarle al máximo.

—Preguntó mi opinión, ¿no?

—¡Seguro...! Un lector de novelas policíacas. Muy bueno, Roddy. Muy bueno.

Los dos hombres descendieron en uno de los elevadores del edificio.

—Creer en esa llamada es ridículo.

—¿De veras, Rody? El instinto del viejo Neilson jamás ha fallado. Parece preocupado..., aunque también lo está por la noticia que debe dar a Robson y Strode. De ahí que les haya obligado a quedarse. ¿Sabes a qué me refiero?

—Estoy impaciente por saberlo.

Alan Randolph ignoró la ironía de su compañero.

El elevador los depositó en *el parking* subterráneo del edificio.

—El inspector Neilson redactó ayer los informes de los dos candidatos a ocupar su puesto. Howard Strode y Peter Reed. El *dossier* más favorable, incluso adornado con la recomendación personal de Neilson, es el de Strode. Sólo falta la aprobación de las altas esferas. El pobre Ernest, que parecía ser el primero en llegar a la meta, ni tan siquiera participó en la carrera. Será un duro golpe para él. También para Neilson. El inspector aprecia a...

—Adiós, Alan.

Powell ya se hallaba en el interior del auto.

Alan Randolph, apoyado en la carrocería, tuvo que retroceder cuando el vehículo inició la rápida maniobra de salida.

Roddy Powell aplicó el extremo de un cigarrillo al encendedor automático del coche.

Exhaló una bocanada de humo.

Minutos más tarde, circulaba en dirección a Nob Hill. Envuelto en la lenta y crispante riada de vehículos.

En sus labios se dibujó el esbozo de una sonrisa.

Cynthia Johnson.

No adelantaría nada en el interrogatorio; pero sí disfrutaría, una vez más, admirando la belleza de la mujer.

Cynthia era algo fuera de serie.

* * *

La puerta se entreabrió. Lo máximo que permitía la cadena de seguridad.

—Hola, Cynthia.

La puerta volvió a cerrarse por unos instantes para así poder quitar el pasador. La hoja de madera se abrió con amplio arcó.

La muchacha quedó con los brazos en jarras.

Impidiendo el paso de Roddy Powell.

—Llegas con dos semanas de retraso. Hace exactamente doce días prometiste pasar a recogerme para cenar en Julius Castle. Espero una buena disculpa que...:

El brazo derecho de Powell abarcó la cintura femenina atrayéndola contra sí. Arqueando el cuerpo de la joven. Cerró sus entreabiertos labios con un largo beso.

—¿Qué te parece la disculpa? —murmuró Powell, cerrando la puerta de un taconazo.

—¿Puedes repetirla?

Powell no se hizo de rogar.

De nuevo saboreó los gordezuelos labios de Cynthia en volcánico beso.

Al separarse, el bello rostro de la muchacha estaba rojo como la grana. Jadeó casi sin respiración. Aquel rubor acentuó la belleza de sus facciones. Se cubría con un largo y ancho blusón, plagado de reseca manchas de pintura. Le llegaba a mitad de los esbeltos y bronceados muslos. Al descubierto el turbador espectáculo de sus piernas a lo Marlene Dietrich 1949.

Powell sonrió, trazando una semicircular mirada por la estancia.

Cynthia habitaba en una buhardilla de Keel Doad. Un pequeño

desván, dotado de amplia cristalera que dejaba llegar toda la claridad del día. Desde allí se divisaba gran parte de la bahía.

Infinidad de cuadros, lienzos en blanco y bocetos, se esparcían desordenadamente por la estancia.

—¿Cómo va el trabajo, Cynthia?

—¡Oh, muy bien...! ¿No lees las críticas de arte? Mi última exposición fue un verdadero éxito. Llegaron a compararme con Piet Mondrian. Lo triste es que sólo adquirieron un par de cuadros.

Powell contempló una de las pinturas.

Chasqueó la lengua.

—Todo esto del

«pop-art

» ya pasó, Cynthia... Hay que beber de nuevo en las fuentes de la Naturaleza. Conozco a un fulano que se ha hecho de oro pintando simples paisajes campestres.

—¿De veras?

—Seguro. Se inspiró en un campo de nudistas.

—Muy gracioso... ¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de tu visita? Sé que no has venido por mí.

—Por ti sería capaz de bajar al mismísimo infierno.

—Ya lo demostraste hace un par de semanas.

—Tuve miedo, Cynthia. Eres demasiado peligrosa. Un maravilloso sueño del que se puede despertar adquiriendo una licencia de matrimonio.

—¿Y me iba a casar con un policía? ¡No seas iluso!

Roddy Powell sonrió, acomodándose en un largo sofá. Sacó la cajetilla de «Pall Mall» ofreciendo un cigarrillo a la muchacha. También ella tomó asiento.

—Seguimos investigando la muerte de tu hermana, Cynthia.

—¿Con éxito?

—No mucho.

—Puede que el tal Norman Cooper sea ajeno a lo ocurrido, pero vosotros estáis empeñados en él.

—Hoy hemos recibido una extraña llamada telefónica. Un individuo dijo que iba a eliminar a una de las compañeras de Jennifer.

Cynthia palideció.

El cigarrillo tembló imperceptiblemente entre sus dedos.

—Jennifer no tenía compañeras ni amigas. Acababa de llegar a San Francisco. Yo le había encontrado un trabajo, pero no tuvo ocasión de incorporarse a él. Fue a los pocos días cuando recibí su carta afirmando que había conocido a personas importantes, que le proporcionarían un fabuloso contrato en Los Angeles.

—¿No llegó a intimar con ninguna compañera? ¿Con nadie?

—Ya respondí a esa pregunta, Roddy... Fue un par de veces a The Snake. Es el lugar preferido por la juventud de San Francisco. Posiblemente, allí habló con chicos y chicas de su misma edad; pero no intimó con nadie. Regresaba sola a casa y no recibía visitas ni llamadas telefónicas.

—Ese individuo mencionó una compañera de Jennifer.

—El cadáver de Jennifer apareció catorce días después de que denunciara su marcha. En ese tiempo ignoro qué puede haber hecho.

—Cierto. Y resulta muy extraño. Nadie la vio ni se tiene el menor dato de sus actividades. Su fotografía se publicó en todos los periódicos de San Francisco y Los Angeles. Son catorce días en blanco. Eso es lo que realmente dificulta nuestra investigación. No tenemos ningún punto de partida.

—¿Por qué no cierran el caso? El Departamento de Homicidios dictaminó muerte accidental por sobredosis de heroína.

—La Brigada 77 es una unidad especial, Cynthia. ¿Tú deseas que los asesinos de Jennifer queden sin castigo?

Los carnosos labios de Cynthia chuparon repetidamente el cigarrillo. Terminó por aplastarlo en el cenicero, acoplado a uno de los brazos del sofá.

La voz de la joven fue un tenue susurro:

—Mi hermana ya está muerta. Ésa es la única verdad. Lo demás... lo demás no me importa. Empiezo a estar cansada, Roddy.

—Comprendo.

—No, Roddy. No puedes comprenderlo. Jennifer era casi una niña. En la ciudad, una muchacha de diecisiete años puede considerarse y actuar como una mujer; pero mi hermana recién llegada de Casalsburg... Era su primera visita a San Francisco. Debí cuidar mejor de ella. Cuando se descubrió el cadáver fue víctima de la prensa sensacionalista. Comentaron el suceso con desorbitado alarde... ¿Recuerdas los titulares...? «Cadáver de joven drogadicta

en los barrios bajos»... «Muchacha pervertida, víctima de su propio juego»...

—Son voceadores de basura, Cynthia.

—Desearía que todo terminara ya, Roddy.

—Terminará pronto, pequeña. Te lo prometo.

Cynthia esbozó una débil sonrisa.

—¿Al igual que la comida en Julius Castle?

Powell rió divertido.

—Aquello, más que una promesa, fue una fanfarronada. Mi sueldo no me permite esos lujos.

—No hubiera aceptado el Julius Castle. Me agrada más el ambiente de las *steaks-houses*.

—¿Hablas en serio?

—Ajá.

—¿Esta noche?

—¿Ya no me tienes miedo, Roddy?

Powell, por toda respuesta, abrazó a la muchacha, reclinándola sobre el sofá. Besó los labios de Cynthia para luego seguir por su mejilla.

Fue entonces cuando sonó el timbre del teléfono.

La joven empujó a Powell.

—¡El teléfono!

—¡Maldita sea, Cynthia...! ¡Olvidalo!

—Puede ser una llamada de la Galería Artis... ¡Algún comprador para mis cuadros!

Powell iba a replicar airadamente, pero enmudeció quedando con los ojos vidriosos.

Cynthia rebuscaba entre los desordenados cuadros, lienzos, cajas de pintura, trapos, cojines...

Así, inclinada sobre aquel maremágnum, el blusón había subido considerablemente hasta mostrar sus piernas.

Consiguió localizar el aparato.

—¿Sí...? ¿Quién...?

Cynthia, con un mohín de disgusto en el rostro, alargó el micro hacia Powell.

—Es para ti, Roddy.

Powell se aproximó, sonriente, atrapando el teléfono.

—Aquí Powell...

—Soy Robson, muchacho... Voy camino del 1206 de Cowen Street, en Barrio Karlson. Acude allí de inmediato.

—¿Acaso...?

—Sí, Roddy. Encontraremos allí el cadáver de la compañera de Jennifer Johnson.

CAPÍTULO V

El 1206 de Cowen Street correspondía a un destartado barracón, declarado ya en ruinas. Deshabitado. Anteriormente utilizado como agencia de depósitos.

Cuando Roddy Powell llegó, la zona ya estaba acordonada por uniformados agentes de la Metropolitan Police. Frente al barracón se veían cuatro vehículos oficiales y una ambulancia.

El teniente Howard Strobe permanecía junto a la puerta de entrada, conversando con dos individuos. Se hizo a un lado.

—Pasa, Roddy... Espero que estés con el estómago vacío.

Aquellas palabras sorprendieron a Powell.

Howard Strobe era un hombre difícil de impresionar.

El hangar era espacioso. Plataformas escalonadas en su ala izquierda. Al fondo, una especie de caseta de vigilancia, que apenas se mantenía en pie. Se percibía un fuerte hedor a humedad.

En el techo, de extremo a extremo, dos rieles paralelos. De ambos pendían dos gigantescos garfios, sujetos por cadenas.

Y de uno de aquellos garfios se balanceaba el cadáver de la mujer.

Roddy Powell quedó inmóvil.

Como paralizado.

Incapaz de aproximarse al grupo de hombres que rodeaban el cadáver.

Una mujer joven. Con las ropas desgarradas. Su cuerpo estaba cubierto por la sangre que manaba de sus múltiples heridas y goteaba sobre el suelo. Había sido prendida por la boca, como una res, por un ciclópeo garfio metálico.

Powell cerró los ojos.

Instintivamente.

Queriendo así borrar aquella alucinante visión.

—Roddy...

La llamada de Ernest Robson le hizo reaccionar aproximándose con lento paso.

—¿Se sabe algo, Ernest? ¿Se conoce algún detalle del hijo de perra que...?

—Tranquilo, Roddy. Estamos trabajando en ello. Cuan de se recibió la llamada comunicamos con el coche patrulla más cercano a esta zona; pero cuando llegó no había nadie. El asesino no telefoneó desde aquí.

—¿Cuándo llamó?

—Hace aproximadamente unos treinta minutos.

—¿Al Departamento?

—Sí. Tenemos registrada su voz. Fue muy breve. Sólo para informarnos que encontraríamos a Paula Leigh, compañera de Jennifer Johnson, en esta dirección. Luego dijo que dos amigas más de Jennifer Johnson esperaban turno. Sólo eso. El muy bastardo prometió tenernos in formados.

—Dos más... ¿A quién puede referirse?

—Lo ignoramos, Roddy. El Centro de Identificación está trabajando en Paula Leigh. El nombre nos lo proporcionó el propio asesino. Si en verdad corresponde al de esta infortunada muchacha, tendremos una buena pista a seguir. Los de dactiloscopia siguen por aquí; aunque con pocas esperanzas. No parece haber huellas En la caseta hemos encontrado el arma homicida. Una manopla-garfio de las utilizadas para descargar balas pesadas. El crimen se cometió en la caseta. El asesino colgó a la chica de uno de los garfios del techo.

Se estaba precediendo a descender el cadáver.

Roddy Powell se encaminó hacia la caseta.

Sí.

Una verdadera pesadilla.

—Esto no entra en el *modus operandi* de Norman Cooper. Es la obra de un demente. De un psicópata.

—Cierto, Roddy; pero no debemos descartar a nadie. Cooper es endemoniadamente astuto. Sabe que estamos tras sus talones y pudo crear esta sangrienta pantalla para despistarnos.

—¿Sigue vigilado por Alan Randolph?

—Sí.

—Iré a verle —silabeó Powell—. Pisotearé las tripas de Cooper hasta que escupa...

—No harás nada de eso, Roddy. No deseo complicar más la situación. Norman Cooper es poderoso, y todos sus negocios, mientras no se demuestre lo contrario, son totalmente legales.

Powell apretó con fuerza las mandíbulas.

—Lo que tú digas, Ernest.

—Sólo trato de evitarle dificultades, muchacho. Acude al Centro de Identificación. Si el nombre de Paula Leigh corresponde al de esta mujer, comienza las investigaciones en torno a ella. Domicilio, familia, amistades, qué hizo en las últimas semanas... Consigue alguna fotografía de ella y distribuye copias entre los muchachos. Que inicien un recorrido por todos los locales de Norman Cooper preguntando si alguien había visto con anterioridad a Paula Leigh.

—Sería más convincente una fotografía de Paula Leigh tal como está ahora. Haría recapacitar a más de uno. Comprenderían que un crimen así no lo dejaremos sin castigo.

—Sí, pero... ¿quién la reconocería? Ahora es una deforme masa sanguinolenta. En marcha, muchacho. Strode y yo continuaremos por aquí algún tiempo más. Interrogaremos a los escasos vecinos de la zona. Tal vez alguno haya visto algo. Esta noche cambiaremos impresiones en el Departamento.

Powell asintió con leve movimiento de cabeza.

Abandonó el hangar.

Al acomodarse frente al volante del auto encendió un cigarrillo. Lo arrojó a los pocos segundos. Le encontró un sabor amargo, que en realidad no existía. Sintió náuseas.

Una sorda ira dominó aquellas náuseas.

Reemplazada por la firme promesa de castigar al culpable de aquel monstruoso crimen.

* * *

Roddy Powell no almorzó.

Ni tan siquiera pasó por su mente aquella idea.

Estuvo muy ocupado el resto del día. En el Centro de Identificación se localizaron los datos de Paula Leigh. Correspondían a la víctima. Iguales huellas dactilares.

Sí.

Paula Leigh era el nombre de la joven asesinada. Diecisiete años de edad. Nacida en Tonnopah, Nevada. Residente en California desde 1970, fecha en que murió su madre. Su padre cayó en Vietnam. Paula fue acogida por el matrimonio Parsons, amigo de sus difuntos padres y con domicilio en San Francisco. Hace un mes decidió dejarles y vivir independiente. Desde entonces, no habían vuelto a verla. Ni la familia Parsons ni nadie.

Ahora la podrían ver en el depósito de cadáveres.

Roddy Powell consultó la esfera de su reloj. Se aproximaba la hora de su cita con Cynthia y, por segunda vez, no podría llevarla a cenar. Decidió comunicárselo personalmente.

Detuvo el auto en Keel Road.

Junto al salpicadero había una fotografía de Paula Leigh, donada por los Parsons. Paula sonreía alegremente. Llena de vida.

Powell sacudió la cabeza, guardando bruscamente la fotografía en el bolsillo superior de su chaqueta.

La sonrisa de Paula se había esfumado, siendo reemplazada por el espeluznante espectáculo de su cuerpo pendiente del techo, con la cabeza desgarrada por el gigantesco garfio, ensangrentada...

Una imagen que no se apartaba de la mente de Powell.

Penetró en uno de los edificios de Keel Road. No disponía de elevador. Seis pisos y aquella buhardilla que servía de vivienda a Cynthia Johnson.

Alcanzó la última planta.

Cuando se disponía a pulsar el llamador descubrió algo en el suelo que le llamó la atención.

Era el pequeño eslabón de una cadena.

Roto.

También le llegó, apenas audible, un ahogado grito femenino, acompañado del ruido de objetos al caer. Todo aquello, unido al roto eslabón de la cadena de seguridad, hizo reaccionar a Powell.

No lo pensó más.

Su diestra fue en busca del reglamentario revólver del 38, a la vez que cargaba sobre la puerta.

La hoja de madera cedió al violento empuje. En el marco y en la puerta se veían los restos de la rota cadena; pero el detective de la Brigada 77 no reparó en ello.

Algo más importante reclamaba su atención.

Bajo la entreabierta cristalera, en la plataforma allí existente, un individuo golpeaba brutalmente a Cynthia Johnson. Con la mano derecha le atenazaba la garganta, mientras que la zurda golpeaba una y otra vez el rostro de la muchacha. Ésta yacía en el camastro que utilizaba para sus baños de sol. Inmovilizada por el peso del individuo.

No era el único hombre que se encontraba en la estancia.

Otro sujeto procedía a registrar el apartamento, arrojando al suelo marcos, pinturas y cajas.

Fue este último quien reaccionó ante la súbita aparición de Roddy Powell. Se apoderó velozmente de una oculta «Magnum».

—¡Quieto!

No siguió la orden del policía.

De ahí que recibiera un balazo entre los ojos. Se desplomó de bruces estrellando su rostro contra uno de los cuadros irónicamente titulado *Nueva Vida*.

El otro individuo, al percatarse del desenlace, optó por la huida. En acrobático salió, se precipitó por la entreabierta cristalera.

Powell fue tras él.

A grandes zancadas subió los peldaños que conducían a la plataforma, pasando por encima de la semiinconsciente Cynthia.

Salvó el marco de la cristalera.

A tiempo de ver cómo el individuo se disponía a realizar un salto suicida hacia el tejado contiguo.

Roddy Powell extendió el brazo armado, pero en última instancia desistió de apretar el gatillo.

Quería cazarle con vida.

El individuo saltó.

Con agilidad felina.

Tuvo éxito, aunque su risa de triunfo se tornó en alarido de terror. Había alcanzado el tejado contiguo cuando unas baldosas cedieron bajo sus pies. Trató desesperadamente de aferrarse en aquella pendiente; pero se deslizó hasta caer en el vacío.

El choque contra el suelo fue audible para Powell, que había seguido con la mirada la trágica caída.

El detective retornó al desván.

Cynthia continuaba sobre la colchonera. Un hilillo de sangre

brotaba de sus maltrechos labios, y varios hematomas empezaban a dibujarse en sus pómulos. Le habían desgarrado el blusón de arriba abajo.

—Roddy... ¡Oh, Roddy...!

—Tranquila, pequeña. Ya todo ha pasado.

Powell la levantó en brazos, descendiendo cuidadosamente las escaleras. La muchacha, todavía dominada por el miedo, le aferró con fuerza, cruzando los brazos tras la nuca del policía.

La puerta del reducido dormitorio estaba abierta. También aquella habitación había sido sometida a minucioso registro. Colchón rasgado, cajones abiertos...

Roddy Powell depositó a la joven en el lecho para, acto seguido, dirigirse al contiguo cuarto de aseo y regresar con dos toallas húmedas. Limpió el rostro de Cynthia, dejando una de las piezas sobre su frente.

—Descansa unos minutos, Cynthia... Debo telefonear, comunicando lo ocurrido.

Powell abandonó la estancia.

Su ausencia fue breve. Cuando retornó encontró a Cynthia sentada al borde del lecho. Por primera vez se percató de su desgarrada blusa, ocultando su desnudez con una de las toallas.

Roddy Powell sonrió.

Burlonamente.

—Ya te has recuperado, ¿eh? Empiezas a interesarte por los pequeños detalles.

—Aún estoy temblando, Roddy... Fue horrible... Esos hombres...

—Por el principio, Cynthia. Empieza por el principio y pausadamente.

La joven asintió.

—Me disponía a prepararme para nuestra cita... Al llamar a la puerta, creí que eras tú. Se presentaron esos dos hombres que, sin hacer pregunta alguna, violentaron la puerta, rompiendo la cadena de seguridad. Comenzaron a registrar el apartamento.

—¿Qué buscaban?

—No lo sé... ¡No lo sé, Roddy!

Se escuchó el ulular de una sirena.

Powell encendió un cigarrillo que a continuación posó en los

entreabiertos labios de la muchacha.

—Ahí llegan mis compañeros, Cynthia. Procuraré que terminen pronto, y te molesten lo menos posible.

—Roddy... no... no quiero seguir aquí...

—Correcto, Cynthia. Toma en un maletín lo más indispensable. Esta noche serás mi invitada. Mi apartamento es lo suficiente amplio. Además... dudo que pueda descansar en lo que resta de noche. Parece que en la Brigada 77 se nos está amontonando el trabajo.

CAPÍTULO VI

Roddy Powell penetró en la estancia, centrando sobre él las miradas de los allí reunidos.

—¿De dónde diablos viene, Powell?

—Cynthia Johnson decidió cambiar de domicilio, señor. Al menos temporalmente. Su apartamento quedó un poco desordenado. Comuniqué por radio todo lo...

—Ya sabemos eso, Powell —interrumpió el inspector Neilson secamente—. También tenemos un duplicado de la declaración de Cynthia Johnson. ¡Cuatro líneas de nulo interés! Esos dos hombres buscaban algo y Cynthia Johnson debe saber de qué se trata. Lo lógico es que, al no encontrarlo, la interrogaran.

—Lo ignora, señor.

—Desgraciadamente, los dos asaltantes han muerto.

Roddy Powell leyó en los ojos de su superior una mirada de reproche.

—Lo lamento, señor. Tal vez hubiera preferido que fuera yo el difunto.

—¡Maldita sea, Powell! ¡No le tolero insolencias...! —Cliff Neilson se incorporó del sillón, golpeando furiosamente la mesa escritorio—. ¡Ya estoy harto de su peculiar forma de resolver los problemas!

Ernest Robson, presente en el despacho, al igual que el teniente Strode, intervino, tras discreto carraspear:

—Powell no quiso insolentarse, señor. En ocasiones es imposible...

—No necesito defensa, teniente Robson —cortó Powell, sin apartar los ojos del inspector—. Uno de los individuos me encañonó con su pistola. Pude disparar a una de las piernas o a los brazos. El

hubiera respondido al fuego. Y apuesto que con menos consideración. De ahí que disparara a matar. Al segundo hombre, precisamente por evitar su muerte, le permití saltar al edificio contiguo. Resbaló sin mi ayuda, señor. No fue necesario empujarle.

El inspector Neilson enrojeció.

—Sigue utilizando un insolente sarcasmo, Powell... Mañana hablaré con el comisionado. Hombres como usted no los quiero en la Brigada 77.

Roddy Powell no replicó.

Se produjo un tenso silencio.

El inspector Neilson se dejó caer nuevamente en el sillón giratorio.

—Bien... Volvamos a lo realmente importante. No se ha pedido demostrar, por el momento, vinculación alguna entre Jennifer Johnson y Paula Leigh. Únicamente que ambas desaparecieron en fecha aproximada. Tampoco se conocen datos de Paula Leigh en estos últimos treinta días. Como si hubiera permanecido bajo tierra. Al igual que Jennifer Johnson. De conocer sus últimos pasos, nos sería más fácil encontrar alguna pista.

—Tenía puntos en común con Jennifer Johnson —comentó Howard Strobe—. Joven, sin padres...

—De poco nos sirve eso.

—¿Qué hay de los hombres que asaltaron el domicilio de Cynthia Johnson? —preguntó Robson.

El inspector atrapó una hoja de papel depositada sobre la mesa.

—Oliver Bennett y Richard Sellers. Sin domicilio ni ocupación fija. Con antecedentes penales, desde que empezaron a tomar el biberón. No están, al menos oficialmente, relacionados con la organización de Norman Cooper; aunque eso no le descarta. Cualquier organización al margen de la ley dispone de «hombres de paja», para realizar ciertos trabajos. He destinado a varios hombres para que investiguen en Bennet y Sellers.

Ernest Robson chasqueó la lengua, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No lo comprendo... Más de veinte días de total inactividad en el caso Jennifer Johnson, y ahora, las novedades se suceden a ritmo vertiginoso.

—El informe oficial del forense aún no lo tengo; pero sí me han

adelantado algunos datos. Paula Leigh fue atropellada. Las dos primeras heridas con la manopla-garfio fueron ya mortales. El asesino se cebó sádicamente. Cuando la depositó en el gancho del techo, ya estaba arrastrando un cadáver. Fue algo monstruoso que no tiene...

El sonido del interfono interrumpió al inspector Neilson.

Se iluminó el cuarto piloto. Con una luz amarillenta e intermitente.

El inspector dio un respingo.

Al igual que Robson, Strode y Powell, que se aproximaron velozmente a la mesa escritorio.

Aquella línea telefónica se había reservado para pasar comunicación en caso de que el misterioso asesino volviera a llamar.

Cliff Neilson accionó el mando correspondiente. Pulsó también la palanca para el uso del altavoz. Los allí reunidos podrían, así, seguir la conversación.

—Habla el inspector Neilson...

La voz que llegó por el interfono sonó ronca.

Jadeante.

Entrecortada...

—No lo vuelva a hacer, inspector... Si demora en ponerse al aparato, no recibirá ninguna otra llamada... Se lo advierto...

—Su llamada pasa por la centralita del edificio, y no es posible...

—¿Qué le ha parecido, inspector?

—¿Cómo?

—Lo de Paula Leigh —rió la voz—. Bonito espectáculo, ¿eh?

—Hijo de...

—Tranquilo, inspector. Aún no he terminado mi trabajo. Ya he localizado a otra compañera de Jennifer... Mañana le tocará el turno. Hoy ya es demasiado tarde para matar.

Neilson palideció.

Sus manos se crisparon sobre el interfono.

Como si quisiera así atenazar la garganta de su interlocutor.

—Oiga, bastardo... ¿Qué pretende...? ¿Quién es usted?

La voz no respondió.

Su respirar se hizo más entrecortado.

Más jadeante.

—Amaba a Jennifer Johnson, inspector... Posiblemente hubiera terminado por casarme con ella... La quería con todas mis fuerzas... Ellas la pervirtieron... Ellas la empujaron al vicio de las drogas...

—¿Quiere hacernos creer que lo de Jennifer Johnson fue un accidente?

—Jennifer no calculó bien la dosis... La heroína es demasiado peligrosa. Estaba como enloquecida por la droga... Ellas son las culpables.

—¿Quiénes son ellas?

—Paula Leigh... y dos muchachas más. No se preocupe, inspector. Yo haré justicia. Le mantendré informado.

—Oiga, no...

La comunicación quedó cortada.

Cliff Neilson abandonó precipitadamente el despacho, profiriendo una soez maldición. A los pocos minutos regresaba con la cabeza inclinada.

—No hubo suerte... Si hubiera hablado unos segundos más... Unos pocos segundos más y se habría localizado la llamada. El muy maldito parece tener un cronómetro y saber interrumpir la conversación en el momento justo.

—¿Qué opina de esa historia, inspector? —inquirió Howard Strobe.

Neilson mesó sus canosos cabellos.

Nerviosamente.

—No sé qué pensar... La aparición de este maldito individuo echa por tierra nuestras sospechas de culpabilidad en Norman Cooper. ¿Un enamorado de Jennifer que desea venganza? Tal vez... Sólo una cosa es cierta. Ha matado a Paula Leigh... y ya tiene seleccionada a una segunda víctima.

* * *

Las calles de San Francisco estaban semidesiertas.

Nob Hill, North Beach, Russian Hill... El tránsito era casi nulo y los multicolores luminosos de neón ya se habían eclipsado.

La ciudad dormía.

—Hacia tu domicilio, Roddy.

Powell, al volante del auto, arqueó las cejas.

—¿No te llevo a casa, Ernest?

—Debo quedarme con el auto, Roddy. Mañana no tienes que pasar a recogerme. Órdenes del inspector.

Powell sonrió.

Fríamente.

—Comprendo. Posiblemente mañana deje de pertenecer a la Brigada 77. Con la recomendación del vieja Neilson tengo plaza segura de patrullero en los barrios bajos.

—No has debido replicarle así, Roddy. Tienes que dominar tus impulsos.

—Me acusó de matar por placer. Eso es falso. Resulta sencillo contemplar la lucha de la jungla tras una mesa de despacho.

—El viejo Neilson ha recorrido todos los escalones, muchacho.

—Eso es precisamente lo que me alteró. Neilson conoce bien esta selva de asfalto. Y sabe que, en ocasiones, no hay elección posible. Olvidémoslo. No tiene importancia.

—Neilson no hablará con el comisionado. Estoy seguro. Lo de tener yo el auto es simplemente por temor a que ese bastardo comunique con el Departamento. Deberé salir en cualquier momento.

Roddy Powell detuvo el auto en el cruce de la Lancaster Avenue con Jacks Street.

Descendió del vehículo.

—Seguiré andando, Ernest.

—Pero...

—Quiero pasear un poco. Estoy cerca de casa. Además... puede que Judith te esté esperando.

Robson pasó al asiento contiguo, haciéndose cargo del volante.

Forzó una sonrisa.

—No, Roddy... He telefoneado varias veces y nadie respondió. Tal vez sea mejor así. Faltan pocas horas para el amanecer. Casi veinticuatro horas de ausencia del hogar. Sí... mejor que nadie me esté esperando.

Powell no hizo ningún comentario.

Giró sobre sus talones, alejándose en dirección al Suzman Park.

Envuelto en la clásica neblina que, procedente de la bahía, dominaba la ciudad.

Quince minutos más tarde penetraba en el 877 de Bayley Street. El elevador le depositó en la planta doce.

Roddy Powell introdujo la llave en el apartamento señalado con las siglas

BC-012

Descubrió una de las lámparas de mesa del salón iluminada.

Allí, sobre el largo sofá, dormía plácidamente Cynthia Johnson. Envuelta en una fina sábana.

Powell sonrió.

Al dejar en el apartamento a la muchacha, acordaron que él utilizaría el sofá.

Roddy Powell cargó en sus brazos el cuerpo de la joven.

Con suavidad.

Procurando no despertarla.

Recorrió el corto pasillo que conducía a la habitación.

No fue necesario encender la luz. La penumbra reinante era suficiente. Depositó a Cynthia en el lecho.

Al iniciar el ademán de retirarse se vio aprisionado por los brazos de Cynthia, entrelazados tras su nuca.

—Roddy...

La voz de la muchacha fue un tenue susurro.

Apenas audible.

Aunque suficiente para Roddy Powell.

CAPÍTULO VII

Roddy Powell concluyó el afeitado eléctrico. El vigoroso masaje, junto con la precedente ducha fría, no pareció despejar su somnolencia. Las escasas horas de sueño se reflejaban en su rostro.

Pasó al salón.

Cynthia ya estaba ultimando los preparativos del desayuno. Humeante café negro, pan tostado, mantequilla, mermelada...

—Tu frigorífico está muy bien surtido, Roddy...

Powell se aproximó.

Con los ojos como platos.

Ya totalmente despejado.

Cynthia, inclinada sobre la baja mesa, era el mejor estimulante. Con aquella translúcida y corta *deshabillé* que mostraba con generosidad sus encantos.

Las manos de Powell se posaron en la cimbreante cintura femenina. Subieron hasta abarcar el rostro de Cynthia, acercándolo para besar los carnosos labios.

La muchacha le rechazó nerviosamente.

—Se enfría el café, Roddy... Ya es muy tarde...

—¿Has telefoneado a este número?

—Sí, Roddy. Tres veces. No contesta nadie.

Powell se encogió de hombros, acomodándose frente a la mesa.

—¡Bien! Entonces tal vez decida tomarme el día libre.

—¿Se ha cerrado el caso de mi hermana?

—Todo lo contrario, pero en la Brigada 77 van a prescindir de mis valiosos servicios.

—¿Por qué? Tú eres el mejor...

Powell sonrió.

Con ironía.

—Precisamente por eso, Cynthia. Soy tan bueno, que han decidido trasladarme a otro lugar. Posiblemente a Washington. En el Departamento de Justicia necesitan hombres de mi inteligencia.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Seguro. No me hagas mucho caso. ¿Qué piensas hacer? Tu apartamento sigue bajo control policíaco; pero puedes...

—No pienso moverme de aquí.

Powell terminó la taza de café.

—*Okay*. Considérate en tu casa.

—Gracias, Roddy.

—¿Sólo las gracias?

La muchacha estaba de pie, frente a Powell. Éste sólo tuvo que alargar las manos para obligarla a caer en sus brazos. De nuevo unieron sus labios en un volcánico beso.

En esta ocasión fue Powell el primero en separarse.

Se incorporó.

—Esto es una huida, Cynthia. Lo reconozco. Empiezo a enamorarme de ti y eso es peligroso. Si me es posible, te llamaré para almorzar juntos, ¿de acuerdo?

Cynthia, roja como la amapola, asintió.

Roddy Powell atrapó la chaqueta del sofá.

La fotografía, guardada en el bolsillo superior, cayó al suelo. Fue recogida por Cynthia que, al intentar entregarla al detective, palideció intensamente.

—Dios mío...

—¿Ocurre algo, Cynthia?

—¿Quién... quién es...?

—Paula Leigh. No quise comentarte nada ayer. Ya estabas bastante alterada por lo ocurrido en tu apartamento. Paula Leigh, según propia confesión de su asesino, era compañera de tu hermana.

—¿Su asesino? —balbució Cynthia, acentuando aún más la palidez de sus facciones—. ¿Quieres decir...?

—Sí, Cynthia. Paula fue brutalmente asesinada. Y lo más alucinante del caso es que el asesino nos prometió para hoy una segunda víctima. Otra compañera de tu hermana Jennifer.

—¡No, Roddy...! ¡Tienes que impedirlo...! ¡No más muertes...!

Cynthia se había incorporado, precipitándose hacia Powell.

Aferrando las solapas de su chaqueta y gritando histérica.

—¿Conocías a esa chica, Cynthia? ¿Conocías a Paula Leigh...?

—¡No!

—¿Quiénes son las otras, Cynthia? Dos compañeras mas de tu hermana. Sus nombres, Cynthia. Tú lo sabes. Conocías a Paula Leigh, ¿no es cierto? Al ver su fotografía has comenzado a temblar.

—¡No...! ¡No...! ¡No la conocía...! ¡No...!

Los gritos de Cynthia se hicieron más histéricos.

Roddy Powell le propinó un trallazo con el revés de la zurda.

La muchacha retrocedió hasta caer en el sofá. Sus histéricos gritos cesaron, siendo reemplazados por un entrecortado sollozar.

El detective se acomodó junto a Cynthia.

Acarició con suavidad sus cabellos.

—Cynthia...

—Dios mío... Yo soy la culpable, Roddy... De haber hablado antes, tal vez hubiera salvado a esa muchacha... Creo poder identificar a las compañeras de mi hermana... También sé lo que aquellos dos hombres buscaban en mi apartamento.

—¿Qué era?

Cynthia alzó la mirada.

Temblorosa.

Sus llorosos ojos se posaron en Powell.

—Un rollo de película... En él aparecían mi hermana, esa Paula Leigh y dos muchachas más, en compañía de varios hombres.

—¿Lo tienes tú, Cynthia...? ¿Dónde está esa película? —Oh, Roddy...

—¡Maldita sea...! ¡Responde! ¿Dónde está?

—Yo... yo... lo destruí, Roddy... Quemé la película...

* * *

Gruesas lágrimas surcaban las mejillas de Cynthia.

—¿No lo comprendes, Roddy? ¡Tenía que hacerlo! Aquello... aquello era nauseabundo. Repulsivo. Las muchachas estaban drogadas. Sólo así se explica que desarrollaran aquella escena. La película comprometía a Jennifer..., ¡tenía que destruirla!

—¿Cómo llegó a tu poder? —inquirió Powell fríamente.

—A los siete u ocho días de la desaparición de Jennifer. La

recibí en un paquete cursado por una agencia de envíos, privada.

—¿El nombre de la agencia?

—No... no lo recuerdo...

—¿Te dieron algún resguardo?

—No. Únicamente firmé en el libro de entregas de la agencia. El muchacho portador del paquete lucía un uniforme gris, con un distintivo circular en el pecho. Metálico. Como una insignia.

—¿Enviaba el paquete tu hermana?

—Lo ignoro. No figuraba remite alguno.

Powell encendió un cigarrillo.

Con lentos movimientos.

—Háblame de los hombres que aparecían en el filme. ¿Dónde se desarrollaba la escena?

—En un apartamento... un apartamento vulgar... L09 hombres vestían con elegancia... También parecían drogados... al menos algunos de ellos...

—¿Miraban hacia la cámara?

—No comprendo...

—Quiero saber si filmaban abiertamente o, por el contrario, se trataba de una o varias cámaras ocultas y fijas.

—Realizaron primeros planos, pero siempre desde ángulos extraños..., rebuscados... Ahora que lo mencionas, creo que ninguno sabía que estaban siendo filmados.

—Sé que te resultará violento, Cynthia; pero es de vital importancia que me relates detalladamente todas las escenas del filme. De principio a fin. Sin omitir nada.

—Lo lamento, Roddy..., no puedo hacerlo...

Powell entornó los ojos.

Fijándolos duramente en Cynthia.

—Creo que no te percatas de la importancia del caso, Cynthia. Ayer fue salvajemente asesinada una muchacha. Y hoy, posiblemente...

—No puedo, Roddy.

—Correcto. Quería hacértelo más fácil. Serás interrogada en las oficinas de la Brigada 77.

—Tampoco allí podré decir nada —murmuró Cynthia con voz apenas audible—. No llegué a contemplar la película hasta el final. Fui incapaz. Tras las primeras escenas, dominada por la ira y la

vergüenza, arranqué el filme del proyector y lo quemé.

Powell parpadeó.

Incrédulo.

—Pero... ¿por qué...? ¿Por qué diablos...?

—¡Era mi hermana, Roddy! ¡Una muchacha de diecisiete años, la que aparecía en aquel demoníaco filme! ¡Mi hermana! ¿No lo comprendes? ¿Debía contemplar, acaso, hasta la última de las degradantes escenas? ¿Recrearme en aquella ignominia? Ignoro si los policías carecen de sentimientos, pero cualquiera, en mi lugar, hubiera reaccionado de igual forma.

—¿Por qué no mencionaste la existencia de esa película en los primeros interrogatorios?

—Quise proteger la memoria de Jennifer.

—Tu hermana ya estaba muerta, Cynthia. En el Más Allá no se necesita protección.

La muchacha contempló a Powell con marcado desprecio.

—Me das lástima, Roddy. El no comprender ciertas cosas demuestra que eres un ser sin sentimientos. Un autómata.

—¿Eso crees? Tal vez estés en lo cierto. Pero tú, más que proteger la memoria de tu hermana, has permitido que Paula Leigh emprenda también el viaje al Más Allá.

—No eres justo, Roddy. Ignoraba el nombre de esa chica. Al igual que el de las otras dos que aparecían en la película. De poco os hubiera ayudado.

—Menosprecias a la Brigada 77, Cynthia. Ahora te demostraremos lo que somos capaces de hacer. Acompáñame. Vamos a...

El timbre del teléfono interrumpió a Powell.

Se aproximó al mueble donde se hallaba depositado el aparato.

—¿Sí...?

—¿Roddy...? Aquí Ernest. Te hablo desde mi apartamento. El inspector me acaba de telefonear. Hay novedades...

Roddy Powell escuchó durante unos segundos.

En silencio.

Al colgar el auricular fijó sus grises ojos en la expectante Cynthia.

—Bien, Cynthia... Ya puedo decirte el nombre de otro de los personajes de la película. Mariam Witney. Ha sido localizada en un

apartamento de Schaff Street. Descuartizada.

CAPÍTULO VIII

El hombre, visiblemente excitado, se aproximó a Ernest Robson.

—Ya la hemos encontrado, teniente.

Robson palideció.

Instintivamente, tragó saliva.

—¿Dónde?

—En el cuarto de baño. En una de las cisternas empotradas en la pared.

Ernest Robson, acompañado del policía, abandonó el salón, recorriendo el pasillo para introducirse en uno de los dormitorios. Los dos hombres que taponaban la entrada al cuarto de baño se hicieron a un lado para permitir el paso del teniente.

La cisterna abatible estaba ahora fuera de la pared. Sin la tapadera superior. Permitiendo contemplar su interior.

El agua había adquirido un tinte rojizo.

Sin embargo, era visible la cercenada cabeza femenina. Con los ojos desorbitados y el rostro desencajado, en indescriptible mueca de terror.

Ernest Robson fue incapaz de articular palabra alguna. Tras realizar un leve movimiento de cabeza, dirigido a los hombres de dactiloscopia, retrocedió, retornando al salón.

También allí se encontraban trabajando los expertos en huellas dactilares. Por todos los rincones del apartamento.

Procedente del *living*, llegó Roddy Powell.

—Te has demorado, Roddy...

Powell no respondió.

Había fijado su mirada en la chimenea artificial del salón. En ella, como si fueran troncos de árbol, se veían dos brazos humanos amputados a la altura de los hombros.

—Dios...

—Es lo más horripilante de la historia del crimen, Roddy. Algo monstruoso. El asesino descuartizó el cadáver, dedicándose al macabro juego de esconderlo por todo el apartamento. Encontrar la cabeza nos ha llevado quince largos minutos. Utilizó como arma homicida una sierra mecánica.

Powell apenas movió los labios, pero sus palabras resonaron con dureza:

—Sucio hijo de perra...

—Daremos con él, Roddy. Hemos encontrado huellas en una de las botellas del mueble-bar. No pertenecen a la víctima.

—¿Era su apartamento?

—¿De Mariam Witney? No... El asesino telefoneó a primera hora de la mañana para comunicar al inspector Neilson su... hazaña. Yo me disponía a salir de mi domicilio, cuando recibí la comunicación de Neilson. Te llamé para reunimos aquí. El asesino dio el nombre de la víctima y el lugar dónde hallarla. Mariam Witney. Ya me han pasado del Departamento su filiación...

Robson rebuscó en los bolsillos de su chaqueta para extraer una cartulina, que tendió a Roddy Powell.

—Marian Witney, dieciséis años de edad, natural de Barstow, California, domicilio en San Francisco... Padres fallecidos. Bajo la tutela de unos tíos que ni se molestaron en denunciar su desaparición, acontecida hace aproximadamente dos meses. Abandonó el hogar para no regresar jamás.

—Otra vez en punto cero.

—¿Qué quieres decir, Roddy?

—Mariam Witney. Al igual que Jennifer Johnson y Paula Leigh. Apuesto a que desconocemos todo dato relacionado a sus últimos días de vida. Nadie la habrá visto. Nadie sabrá nada...

—Este apartamento fue alquilado ayer por un individuo cuya descripción ya tenemos. Dijo llamarse Samuel Bernnet, aunque, por supuesto, será un nombre falso. El propietario no indagó más ni solicitó documentación alguna. El fulano le pagó por anticipado, añadiendo buena gratificación. Los dos apartamentos de esta misma planta permanecen desocupados. Nadie vio subir a Mariam Witney ni a su asesino. El muy maldito está cumpliendo su proyectada venganza.

Una fría sonrisa asomó a los labios de Powell.

—¿Crees esa historia?

—¿Por qué no? Todo encaja, Roddy. Estas muertes no son obra de Norman Cooper. El no actúa tan... espectacularmente. Sólo un psicópata, impulsado por deseos de venganza, es capaz de semejantes crímenes. Aseguró estar enamorado de Jennifer Johnson y culpó a tres muchachas de conducirla al mundo de la droga. Paula Leigh, Mariam Witney... y una tercera joven.

—Puede que ahora no necesitemos la información del asesino para conocer la identidad de esa tercera muchacha.

—¿Has descubierto algo? —inquirió Robson, con esperanzadora mirada.

—Antes de acudir aquí fui al Departamento. De ahí mi demora. Cynthia Johnson quedó allí. En compañía del teniente Strode.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cynthia conoce a las tres... amigas de Jennifer. No sabe sus nombres, pero puede reconocerlas. Le fue enviada una película donde aparecían su hermana, Paula Leigh, Mariam Witney y una cuarta muchacha en compañía de varios individuos. Ese filme es lo que buscaban los dos hombres que asaltaron el apartamento de Cynthia.

—¿Tenemos la película?

—Cynthia la destruyó.

—¡Oh, no...!

—Cynthia está ahora consultando los archivos de personas desaparecidas.

—¡Maldita sea, Roddy! ¡No resultará! ¡Son miles los casos de...!

—Lo sé, Ernest; pero podemos centrar la búsqueda merced a ciertos datos. Buscamos una joven de edad comprendida entre los quince y veinte años, y cuya desaparición haya sido denunciada en los últimos tres meses. Eso limita considerablemente el número de fotografías a consultar.

—Has olvidado algo, Roddy. Puede que en el caso de esa tercera muchacha no haya sido denunciada su desaparición. Ocurrió con los familiares de Mariam Witney. El que les abandonara resultó una satisfacción para ellos. Igual puede suceder con la tercera joven.

—Es posible.

—Teniente...

La llamada del médico forense interrumpió la conversación entre los dos hombres.

Roddy se dedicó a recorrer el apartamento. Con inexpresivo rostro. Como si no le afectara el macabro y alucinante espectáculo del desmembrado cuerpo femenino. Simulando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Minutos más tarde abandonaba el edificio.

Agentes uniformados de la Metropolitan Police controlaban con dificultad a los curiosos y al nutrido grupo de periodistas que sitiaban el 1872 de Chaff Street.

Los lectores de «crónica negra» iban a tener un succulento plato.

Carroña para los buitres.

Powell se encaminó hacia el auto que le fuera proporcionado en el Departamento. Manipuló unos segundos en los mandos del radioemisor.

—Aquí Powell... ¿Qué hay de lo mío?

—Esperaba tu llamada, Roddy —dijo la voz a través del diminuto altavoz—. Tenemos tres agencias de depósitos que responden a los datos proporcionados. Toma nota de ellos...

Powell apretó con fuerza las mandíbulas.

A sus ojos asomó un extraño brillo.

Su fingida indiferencia anterior, aquel rostro inexpresivo, fue reemplazada por una sorda ira. Por un irrefrenable deseo de aniquilar al demoníaco asesino.

Y Roddy Powell estaba convencido de que su deseo se cumpliría en corto plazo.

* * *

Fue en la segunda de las agencias visitada.

La denominada Centauro.

Los empicados de reparto lucían un gris uniforme con una placa circular metálica en el pecho.

Powell mostró su credencial al encargado de registros.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Quiero que consulte sus libros. En los envíos efectuados hace aproximadamente un mes. Un paquete dirigido a nombre de Cynthia Johnson, con domicilio en el...

—En Keel Road —concluyó el individuo con una sonrisa.

Powell entornó los ojos.

—¿Lee el pensamiento, amigo?

—¡Oh, no, señor...! Ocurre que, precisamente ayer me solicitaron igual información. Un joven muy generoso. Me soltó nada menos que cien dólares. Quería saber si una tal Cynthia Johnson, con domicilio en Keel Road, había recibido recientemente algún paquete.

—¿Cómo era el individuo?

—Pues... un tipo joven, de unos veinticinco años de edad, cabello largo, rostro atractivo, con zamarra de piel y...

El detective le interrumpió con un ademán.

No era necesario más datos.

Sólo podía tratarse de Warren Gord, el conquistador de palomas incautas para la organización Cooper.

—¿Quién cursó el paquete?

—Una muchacha. No quiso que figurara su nombre en el envío; pero sí dejó aquí su filiación. Es la norma, ¿sabe? No admitimos envíos sin conocer al remitente. Hay individuos que aprovechan estas agencias para enviar explosivos a sus «amistades». La chica dijo llamarse Constance Park. Personalmente, tomé su tarjeta de identidad. Tenía el domicilio en Los Angeles, en Lewis Hills, el 2937 de Saals Road.

—¿Todos estos datos se los proporcionó al melenudo de ayer?

—No, señor. Sólo se interesó por saber si Cynthia Johnson había recibido algún paquete. No formuló ninguna otra pregunta.

—Gracias.

Roddy Powell abandonó la agencia.

Se acomodó nuevamente en el auto, dirigiéndose a las oficinas de la Brigada 77. Solicitaría permiso para someter a Warren Gord a un interrogatorio especial.

Había dado un gran paso, aunque todo continuaba todavía confuso. No fue Jennifer Johnson quien envió la película a su hermana; sino una tal Constance Park.

¿Quién era?

¿La tercera víctima?

Una llamada por el portafono desvió los pensamientos del detective de la Brigada 77.

Atrapó el micro.

—Powell al habla.

—¿Dónde te encuentras, muchacho?

La voz del operario de la central llegaba excitada. Powell se percató de ello.

—Camino del Departamento.

—Correcto, Roddy. Precisamente te llamaba para eso. Acude de inmediato. El inspector tiene una grata noticia. Ya se conoce la identidad del asesino.

CAPÍTULO IX

—Le felicito, Robson.

—No tiene importancia, señor.

—Por supuesto que la tiene —replicó el inspector Neilson, con leve sonrisa—. A los muchachos de dactiloscopia, posiblemente, les hubiera pasado desapercibido aquel detalle. Una botella del mueble-bar, que sobresalía ligeramente de las otras. Allí se han descubierto las huellas. Gracias a su indicación.

—Un golpe de suerte, señor.

Cliff Neilson se incorporó del sillón giratorio, desviando ahora su mirada hacia Powell. Carraspeó. Como si el hablar ahora le ocasionara un gran esfuerzo.

—También usted ha realizado un buen trabajo, Powell. Le..., le felicito igualmente. Constance Park es, en efecto, la tercera muchacha seleccionada por el asesino. Unos familiares denunciaron su desaparición, hace ya más de un mes. Al mostrar la fotografía que nos proporcionó Identificación a Cynthia Johnson, la reconoció al instante, como una de las componentes del filme. Nos ha evitado una larga y fatigosa búsqueda, Powell.

—¿Se ha conseguido localizar a Constance Park?

—El teniente Strode trabaja en ello. Ustedes dos se dedicarán a la búsqueda y captura de Spencer Bolling, nuestro presunto asesino. Desde Identificación, nos han pasado algunos datos.

El inspector retomó a su mesa escritorio, apoderándose de una mecanografiada hoja de papel.

—Aquí está... Spencer Bolling, de Memphis, treinta y cuatro años de edad, residente en California, desde su salida de Vietnam... No regresó del todo bien. Estuvo algunos meses internado en un centro psiquiátrico. En 1970, detenido por asalto a una menor.

Quedó absuelto, por no poder demostrarse plenamente su culpabilidad. Poco después, pasó cuatro meses en la penitenciaría de Dorado Flat, por atentados a la moral; en 1973 nueva temporada entre rejas, por causa similar... Su último domicilio conocido es en Los Angeles. Lo abandonó hace ya medio año. Sin profesión u oficio definido. Trabaja habitualmente aceptando todo tipo de representaciones comerciales.

—No resultará fácil localizarle.

—Tal vez sí, Robson. Spencer Bolling ya ha cometido su primer error, al dejar huellas en el apartamento donde asesinó a Marian Witney. Hemos conseguido su fotografía, y miles de copias serán repartidas, en breve, a todos los policías en servicio. Bolling es un enfermo mental. He conversado telefónicamente con el centro psiquiátrico donde fue hospitalizado. Spencer Bolling participó en las más horripilantes matanzas, llevadas a cabo en Vietnam. Quedó marcado.

—¿Cómo pudo entrar en contacto con Jennifer Johnson?

—Ignoramos ese punto. Pudieron conocerse en cualquier lugar e intimar. Bolling se enamoró de ella. La muerte de Jennifer acentuó su tara mental..., culpó a tres compañeras de Jennifer de haberla impulsado al mundo de la droga... Por el historial de Spencer Bolling, vemos que se desenvuelve en un círculo de vicio. Posiblemente, en él se hallaban Jennifer y las otras tres muchachas.

—Todo eso son simples hipótesis.

La seca interrupción de Powell hizo enrojecer al inspector. Le dirigió una severa mirada.

—¿Tiene algo mejor, Powell?

El detective no se dejó impresionar por la fría voz de su superior.

—Yo no descarto la intervención de Norman Cooper y su organización.

—¿De veras?

—Warren Gord, siguiendo órdenes de Cooper, se interesó por la película. Dio con la agencia de depósitos y, al saber que el paquete fue enviado a Cynthia Johnson, ordenó a los dos individuos que realizaran el registro.

—Son dos caminos diferentes, Powell. Esa película pudo ser obra de Norman Cooper para someter a chantaje a los involucrados en

ella. Pero los asesinatos de Paula y Mariam han sido ejecutados por Spencer Bolling. El mismo se confesó autor, y nos informó del lugar donde encontraríamos los cadáveres.

—La voz del teléfono no dijo llamarse Spencer Bolling.

El inspector volvió a enrojecer.

—Oiga, Powell... Hemos encontrado las huellas en el apartamento donde descuartizaron a Mariam Witney; y el propietario identificó la fotografía de Spencer Bolling como el individuo que alquiló el aposento el día anterior. ¿Qué más quieres?

—Interrogar a Warren Gord.

—¿Qué...?

—Únicamente preguntar su interés por el paquete enviado a Cynthia Johnson. Le haría confesar.

—¿Antes o después de haberle pisoteado las tripas?

—Eso depende de Warren Gord.

Ernest Robson, temiendo una nueva insolencia de Powell o el que Neilson perdiera la paciencia, intervino con rapidez:

—No es mala idea, señor. Warren Gord, al acudir a la agencia de depósitos en demanda de información, está implicado en el asunto. Lo lógico es interrogarle y...

—De acuerdo... Adelante, Powell. Detenga a Warren Gord. Será interrogado aquí. En el Departamento. ¿Comprendido?

Powell esbozó una fría sonrisa.

—Por supuesto, señor. ¿Algo más?

—Puede retirarse.

Roddy Powell abandonó el despacho.

Seguido de la despectiva mirada del inspector Neilson.

—¿Qué opina de él, Robson?

—¿De Powell?

—Sí.

—Pues..., es un magnífico policía. Uno de los mejores de la Brigada 77.

El inspector arrugó instintivamente la nariz.

—Tal vez esté en lo cierto, Robson; pero no le quiero en la brigada 77. Al menos, mientras yo siga como inspector jefe. Sé que mis métodos son algo caducos, y que, a veces, es preciso combatir a la violencia con iguales armas; pero terminaré mi mandato sin el detective Powell. Mañana, en mi cita con el comisionado, solicitaré

el traslado de Roddy Powell. También mañana se designará mi sucesor. Lamento que...

Se iluminó uno de los pilotos del interfono.

El inspector dio un respingo.

Al igual que Ernest Robson.

Era una llamada del asesino.

Cliff Neilson atrapó nerviosamente el auricular, accionando la palanca del altavoz para que fuera audible a conversación.

—Al habla el inspector Neilson...

Llegó la voz.

La ya inconfundible voz del asesino.

—Buenas noches, inspector... ¿Qué le pareció mi trabajo con Mariam Witney...? ¿Resultó difícil a sus muchachos hallar la cabeza...? ¿Reunieron ya todo el cuerpo...?

Neilson procuró dominarse.

Cerró los ojos con fuerza.

—Oiga, Bolling... Está enfermo... Debe someterse a tratamiento y...

—¡Infiernos! ¿Cómo sabe mi nombre? ¡Le felicito, inspector...! Aunque de nada le servirá. Jamás me darán caza. Le dije a Jennifer que era el mejor, y quise demostrarlo desafiando a la Brigada 77. A la más poderosa y temible organización policíaca de California. Jennifer, desde el Más Allá, estará orgullosa de mí. Ha sido vengada... Sí, inspector. Ya ha terminado. Ellas ya han pagado. Las tres han muerto...

—Escuche, Bolling... no le haremos ningún daño. Está enfermo, y necesita cuidados. Le prometo que...

De nuevo la entrecortada voz interrumpió a Neilson:

—Ya es demasiado tarde, inspector. A mis pies está el cadáver de Constance Park. Ella es la tercera víctima. Paula Leigh, Mariam Witney y Constance Park... Ellas fueron las culpables... ellas envolvieron a mi Jennifer en el alucinante mundo de la droga... Fueron las causantes de su muerte, y debían pagar por ello.

—También tú pagarás, Bolling. No descansaremos hasta darte caza. Ni en el mismísimo infierno encontrarías refugio seguro.

—Lo dudo, inspector. Ésta es ya mi última llamada. Ya he concluido mi trabajo. No volverán a tener noticias mías.

En ese instante se abrió la puerta del despacho.

Un individuo, visiblemente excitado, apareció agitando en su diestra un papel.

Ernest Robson se precipitó sobre él.

Había sido localizada la llamada.

Robson ni tan siquiera intercambió una mirada con su superior. A grandes zancadas abandonó el despacho.

El inspector Neilson, mientras tanto, se esforzaba por prolongar al máximo su conversación con el asesino.

CAPÍTULO X

Barrio Locks estaba magníficamente iluminado. Como corresponde a una de las mejores zonas residenciales de San Francisco.

Roddy Powell recorrió Tills Boulevard. Detuvo el auto unas trescientas yardas antes de llegar al lujoso *bungalow* de Norman Cooper.

Descendió del vehículo.

Caminó por la arbolada avenida. Despreocupadamente. Con un cigarrillo humeando en los labios, y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

Sonrió, al divisar el «Pontiac» negro.

El hombre acomodado frente al volante simulaba leer con ávido interés un ejemplar del «Penthouse». Saludó a Powell sin molestarse en girar la cabeza.

—Hola, Roddy.

—¿Tienes ojos en la espalda, Alan?

Alan Randolph, sargento de la Brigada 77, ahogó un bostezo.

—Te vi llegar por el espejo retrovisor.

—¿Alguna novedad?

—¿Novedad? Esta vigilancia es lo más absurdo que recuerdo. ¿Por qué diablos debo controlar los movimientos de Cooper? Tiene a su disposición infinidad de individuos para los trabajos sucios. Norman Cooper sólo se dedica a vivir bien por sus elegantes *night-clubs*. ¿Vienes a sustituirme?

Powell chasqueó la lengua.

—No, muchacho. Busco a Warren Gord. He estado en su domicilio y en Snake. Ni rastro de él. Tal vez le encuentre con el patrón.

—Demasiado tarde. Hace aproximadamente unos quince

minutos salió de aquí. Le vi marchar en...

Una llamada del radioemisor interrumpió a Alan Randolph:

—Atención... atención... Llamada general... A todos los coches próximos a las zonas de Neame Hill, Evans Avenue y Barrio Locks. Acudan de inmediato al cementerio de autos instalado al final de Arden Road. De allí se detectó la llamada de Spencer Bolling, presunto asesino buscado por la Brigada 77. El teniente Robson ya está en camino. Necesitará ayuda. Repito... a todos los coches próximos a las zonas de...

Roddy Powell no fue en busca de su auto. Como una exhalación se acomodó junto a su compañero Randolph.

—¡En marcha, Alan!

No era necesaria la orden.

El sargento Randolph ya había hecho rugir el motor sobre el asfalto, emprendiendo la marcha a vertiginosa velocidad. Con la zurda, acopló la sirena de alarma sobre la capota.

—Somos los más cercanos a Arden Road... Llegaremos los primeros.

—Después que Ernest. Apuesto a que va solo —masculló Powell—. El muy estúpido no esperó ayuda.

—En ocasiones no es posible esperar, Roddy.

Randolph conducía el «Pontiac» con la audacia y destreza de un piloto de pruebas. Con una velocidad suicida.

Pronto dejaron atrás Barrio Locks.

Instantes después enfilaban la longitudinal Arden Road.

La iluminación en aquella zona ya era más deficiente.

Divisaron la amurallada planicie, destinada a cementerio de coches. Vehículos de todas clases, tamaños y modelos se amontonaban desordenadamente hasta alcanzar montículos de considerable altura. Sobresalían de la baja muralla que circundaba el recinto.

A la puerta de entrada el auto de Ernest Robson.

El «Pontiac» se detuvo con estridente chirriar de frenos. Powell y Randolph descendieron al unísono. Ambos empuñaban ya su reglamentario revólver del treinta y ocho.

Ernest Robson se disponía a entrar. También su mano derecha aferraba firmemente el revólver.

Sonrió.

—Casi llegamos juntos, muchachos... Nuestro hombre está ahí. Nos dividiremos para acorralarle. Tú hacia la izquierda, Roddy. Alan, a la derecha. Yo avanzaré por el centro. Tened mucho cuidado. Es peligroso, y posiblemente esté armado.

Powell y Randolph asintieron en silencio.

Ninguna palabra.

No eran necesarias.

La oscuridad de la noche proporcionaba fantasmagóricas sombras a los coches allí almacenados. En algunas zonas de la explanada la iluminación era casi nula. Sólo el metálico destello de algún vehículo que aún conservaba su primitivo brillo.

Y el silencio.

Un total silencio de ultratumba.

Roddy Powell divisó a lo lejos la cabaña.

Una caseta toscamente construida.

También contempló cómo sus dos compañeros se aproximaban a la vivienda. Alan Randolph, por la parte delantera, y el teniente Robson, por la posterior. Sigilosos. Como sombras.

Alan Randolph llegó ante la cabaña. De violento puntapié forzó la frágil puerta, a la vez que se hacía a un lado. Acto seguido, sin precaución alguna, recortó su silueta bajo el umbral. Con el brazo derecho pegado al cuerpo. Con el cañón del revólver apuntando al suelo.

Y entonces sonó el disparo.

Randolph realizó un acrobático salto. Obligado por la violencia del impacto. El proyectil le hizo retroceder varias yardas hasta caer de espaldas. Con los brazos en cruz. Con un balazo entre ceja y ceja.

Roddy Powell, que había contemplado la escena a distancia, profirió una maldición, mientras iniciaba veloz carrera hacia la casa.

Antes de llegar, sonaron dos nuevos disparos.

Dos detonaciones menos ruidosas que la primera. Procedentes de un revólver del 38. Ningún otro disparo.

Aquello tranquilizó a Powell.

—¡Ernest...!

El detective llegó ante la cabaña.

Jadeante.

Uno de los focos exteriores de la explanada resultaba suficiente

para iluminar el interior de la caseta.

Ernest Robson aún permanecía bajo el marco del ventanal posterior. Sin haber llegado a entrar por completo en la casa. Con el revólver humeante en su diestra.

La estancia era reducida. Un camastro, una mesa, tres sillas, una nevera portátil y un pequeño armario.

Sobre el camastro, el cuerpo de una mujer horriblemente mutilado.

Powell la reconoció.

Había contemplado su fotografía, horas antes, en el Departamento.

Constance Park.

También reconoció al individuo que, con los ojos desorbitados, yacía en el centro de la habitación. Con dos balas en el pecho. Su mano derecha aún aprisionaba una automática alemana «Luger» de 9 mm

Era Spencer Bolling.

* * *

El propio inspector Neilson se había desplazado al lugar de los hechos.

Con sombrío rostro contempló cómo dos camilleros introducían el cuerpo de Alan Randolph en una de las ambulancias.

—Hemos pagado un elevado precio...

—En efecto, señor —murmuró Ernest Robson con emocionada voz—. Alan y yo casi llegamos juntos a la cabaña. Alan Randolph creyó que no había nadie en el interior. Se confió. Le grité, al ver cómo Spencer Bolling seguía tras el armario; pero ya era demasiado tarde. Ya había disparado su «Luger» sobre Randolph. Giró luego hacia mí, pero no le di ocasión de utilizar su arma por segunda vez.

—Merecía mil veces la muerte. El muy maldito cumplió su venganza. También acabó con Constance Park. La infortunada muchacha sufrió una refinada tortura. Las cuerdas y la mordaza junto al camastro indicaban que la mantuvo maniatada mientras realizaba su monstruoso crimen. Sí, maldito sea... Está mejor muerto.

Roddy Powell llegó procedente de la cabaña.

En sus manos, un pequeño cuaderno con tapas de negra piel.

—Spencer Bolling era un individuo muy ordenado. Lleva todo minuciosamente anotado. Es una especie de diario. Narra las muertes de Paula Leigh, Mariam Witney y Constance Park, incluso las conversaciones mantenidas con usted, inspector. Con todo detalle. Es como si quisiera evitarnos el trabajo de investigar. También hemos encontrado varias fotografías de Jennifer Johnson. Cariñosamente dedicadas a Bolling.

—La historia era cierta... tres muchachas, muertas por la absurda venganza de un psicópata enamorado... Triste final.

—¿Final? Aún está pendiente lo de Warren Gord, señor.

El inspector Neilson sonrió cansinamente.

—Olvídelo. Warren Gord se presentó voluntariamente acompañado de su abogado. Declaró haber conocido a Jennifer Johnson en Snake. Le sugirió hacer cierto tipo de filmes. Jennifer aceptó. Acudió a la cita de Warren, acompañada de tres muchachas más.

—Paula, Mariam y Constance...

—Correcto, Powell. Warren Gord realizó la película, con intención de someter a chantaje a los componentes masculinos, pero a la hora de repartir beneficios, las chicas se mostraron disconformes y desaparecieron con el filme. Warren Gord no volvió a saber de ellas. Investigó por su cuenta para recuperar la película y envió dos «gorilas» al apartamento de Cynthia Johnson.

—Norman Cooper es ajeno a todo, ¿no?

—Gord ha declarado haber actuado por su cuenta. Al margen de Norman Cooper. Cargó con toda la responsabilidad.

—Maravilloso.

El inspector entornó los ojos.

—¿Le ocurre algo, Powell?

—Nada, señor.

—Puede marchar a su casa. Usted también, Robson. Ha sido un día muy duro. Yo ultimaré aquí el trabajo y me enfrentaré a los muchachos de la Prensa. No se presenten por el Departamento antes de las doce. Necesitan algún descanso. Robson...

—¿Sí, señor?

—Ha realizado un magnífico trabajo.

—Gracias, inspector.

Roddy Powell y Ernest Robson se encaminaron hacia la salida.
En silencio.

Llegaron ante el auto de Robson.

—¿Quieres conducir tú, Roddy? —murmuró Ernest Robson casi sin voz—. El inspector tiene razón. Estoy cansado. Muy cansado...

CAPÍTULO XI

Roddy Powell esbozó una sonrisa al contemplar los titulares de los periódicos.

Encendió un cigarrillo.

Después de consultar la esfera de su reloj hizo sonar nuevamente el claxon del auto.

Se abrió la puerta del *bungalow* para dar paso a Ernest Robson. Acompañado de Judith. Se despidieron con un beso.

Robson, con el rostro radiante de felicidad, recorrió el pequeño jardín. Antes de introducirse en el auto, agitó la mano derecha, siendo correspondido por su joven esposa.

—Me pareció ver a Judith... ¿O era tu vecina?

Robson rió alegremente.

—Ha vuelto, Roddy. Esta misma mañana. Ayer noche escuchó, por televisión, el programa «Ultima hora», donde se daba la noticia del triunfo de la Brigada 77. Judith me ha dado una nueva oportunidad. Empezaremos otra vez. Y ahora no quiero fracasar, Roddy.

Powell le ofreció los periódicos.

Puso en marcha el vehículo.

—¿Triunfo de la Brigada 77? Echa un vistazo. Tú eres el héroe de la jornada. El teniente Robson.

—¡Al diablo con eso! —Robson arrojó los periódicos al asiento trasero—. Sólo me importa el que Judith esté de nuevo a mi lado. Todos hemos contribuido al triunfo. Alan Randolph es el único héroe.

—Los héroes muertos no cuentan, Ernest.

Robson contempló fijamente a su interlocutor.

—¿Qué te ocurre, muchacho? Te veo preocupado...

—No es nada.

—Como quieras.

El restante trayecto lo realizaron en silencio. Hasta llegar al *parking* de la Brigada 77. Abandonaron el auto para pasar al elevador.

Poco más tarde eran recibidos por el inspector Neilson.

Estrechó la mano de ambos.

Sonriente.

—El comisionado me encargó les enviara su personal felicitación. Tomen asiento.

Powell y Robson obedecieron.

El inspector Neilson también se acomodó tras su mesa escritorio.

Posó sus diminutos ojos en Roddy Powell.

—Han rechazado mi propuesta de traslado, Powell. Estiman que sus servicios son necesarios en la Brigada 77. En contra de mi deseo, continuará aquí.

—Lo lamento, señor —replicó Powell, con leve sarcasmo.

—Me queda poco tiempo de mandato, Powell. Me resignaré a su presencia. También tengo noticias para usted, Robson. He reconsiderado los candidatos a ocupar mi puesto. He añadido su nombre a la selección. No dudo que será el elegido.

Robson palideció.

Demoró unos instantes el hablar.

—Yo, señor...

—Lo merece, Robson. Y no sólo por su brillante trabajo en el caso Spencer Bolling. Reconozco mi error anterior por no seleccionarlo.

Ernest Robson extrajo un sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

Lentamente lo depositó sobre la mesa.

—¿Qué es esto, Robson?

—Mi dimisión, señor.

El inspector arqueó las cejas.

—¿Se ha vuelto loco? Su puesto de inspector jefe es casi seguro. El comisionado está conforme. No puede...

—Mi decisión es firme, señor. Quiero dedicarme por completo a mi esposa.

—Oiga, Robson...

—Lo lamento, señor.

La nueva interrupción de Robson hizo enmudecer al inspector.

—Ambos tienen una semana de permiso. Siete días para recapacitar, Robson. Tome su dimisión. Hablaremos de ella transcurrida una semana.

—Prefiero que quede aquí, señor. Ya le he dicho que mi decisión es irrevocable.

—Bien... Pueden retirarse.

Los dos hombres abandonaron el despacho.

—Ha sido una buena sorpresa, Ernest. ¿Por qué lo haces?

—¿Aún lo preguntas? ¡No quiero perder a Judith! Hoy regresa con su familia a Sacramento. De saber que disponía de un semana de permiso hubiera marchado con ella. Lo haré mañana. Esta misma noche prepararé mi equipaje y tramitaré la venta del *bungalow*. Buscaré un trabajo que me permita disfrutar al máximo de mi hogar.

Llegaron a la planta baja.

En la sala de recepción se encontraba Cynthia Johnson conversando con uno de los oficiales de seguridad.

—Nos volveremos a ver dentro de una semana, Roddy. Regresaré para despedirme de la Brigada 77 y ultimar mis asuntos pendientes en San Francisco. Me instalaré en Sacramento.

Powell no respondió.

Se limitó a estrechar la mano de su amigo para luego contemplar cómo se alejaba hacia la salida.

Una voz femenina sonó junto a Powell:

—Hola, Roddy...

Powell sonrió rodeando los hombros de la muchacha.

—Estás un poco pálida, Cynthia.

—¿Un poco? ¡Llevo cerca de veinticuatro horas encerrada en estas oficinas...! Afortunadamente todo ha terminado. *Happy End*.

—¿*Happy End*?

—¿No es lo que se dice en estos casos?

Powell chasqueó la lengua.

—No, pequeña. Esta historia no puede tener un final feliz. Hay demasiadas muertes por medio.

Ernest Robson abrió la puerta de su *bungalow*.

Parpadeó repetidamente, denotando sorpresa.

—Roddy... ¿qué haces por aquí a estas horas de la noche?

Powell apartó el cigarrillo de los labios para dibujar una amplia sonrisa.

—Estaba aburrido y decidí ayudarte a preparar el equipaje. Puedo pasar, ¿verdad?

Roddy Powell, sin esperar autorización, dejó atrás el *living*, adentrándose en el salón. Fue directamente al mueble bar.

—Oye, Roddy... Me disponía a dormir. Estoy muy cansado.

—No lo dudo. Han sido unas jornadas agotadoras.

—En efecto.

—En especial para ti. Hacer de perseguido y perseguidor a un mismo tiempo debe resultar muy fatigoso.

Robson arqueó las cejas.

—No comprendo...

—¿De veras?

—Escucha, Roddy, no quiero parecer grosero; pero desearía estar solo.

—¿Acaso esperas la visita de Norman Cooper?

—¿Cooper...? ¡Estás loco!

Powell sonrió mientras contemplaba al trasluz el vaso de *whisky*. Se dejó caer en uno de los sillones del salón.

—La vida está repleta de sorpresas y casualidades. Esta tarde fui a recoger mi auto. Quedó ayer en Barrio Locks. A poca distancia del *bungalow* de Norman Cooper. Cuando me disponía a marchar te vi salir de allí. El mismísimo Cooper te acompañó hasta la puerta.

Ernest Robson no se inmutó.

—¿Y qué tiene de extraño? No es la primera vez que piso ese *bungalow*. Al igual que tú.

—¿Incluso estando de permiso?

Robson se enfureció.

—¡Maldita sea, Roddy! ¿Qué diablos tratas de insinuar?

—¿Insinuar? Nada de eso, —Ernest. Yo soy un buen policía. Te estoy acusando. Te acuso de los asesinatos de Paula Leigh, Mariam Witney, Constance Park y Alan Randolph.

CAPÍTULO XII

Ernest Robson, tras unos instantes de estupor, terminó por reír en estridente carcajada.

—Tienes un buen sentido del humor, Roddy.

—Jamás hubiera sospechado tan diabólico plan, Ernest; pero hoy, al verte salir amigablemente con Norman Cooper, empecé a atar cabos. He realizado una serie de comprobaciones antes de acudir aquí. Ahora todo está claro.

—¿Me lo puedes explicar?

—Por supuesto, Ernest. Empezaré por tus errores. La mañana en que Mariam Witney fue asesinada, Cynthia estaba conmigo en mi apartamento. Le ordené que te llamara aquí. Tú no respondías pese a que insistió repetidas veces. Minutos más tarde, eras tú quien me telefoneaba diciendo que te acababa de llamar el inspector Neilson para informarte de la muerte de Mariam Witney. ¿Dónde estabas anteriormente, Ernest? Pasemos ahora a tu extraña intuición al ver una botella mal alineada. Una botella donde *casualmente*, estaban las huellas de Spencer Bolling. Ayer, en el cementerio de autos, me ordenaste avanzar por el lado izquierdo. El de mayor recorrido. Así daba tiempo a que tú y Randolph llegarais a la cabaña. Tú entraste por la ventana. Le esperabas, Ernest. Le disparaste fríamente.

—No digas tonterías, muchacho... Spencer Bolling estaba allí. El disparó sobre Alan Randolph.

Powell chasqueó la lengua.

—No, Ernest... Randolph era astuto. Jamás se hubiera dejado cazar tan estúpidamente. Entró en la caseta sin precaución alguna. ¿Por qué? Es fácil de adivinar. Te vio a ti. También descubrió a Spencer Bolling atado y amordazado. Tú, utilizando la «Luger» de Bolling, disparaste sobre Alan Randolph. Luego, con tu propio

revólver, dos balazos para el indefenso Spencer Bolling. Le quitaste las cuerdas y mordaza arrojándolas sobre el camastro para simular que maniataron a Constance Park.

—¡Estás loco! ¿Por qué iba a querer matar a Randolph?

—Tal vez Judith pueda responder a eso.

Robson enrojeció.

Súbitamente llevó su diestra a la funda sobaquera para apoderarse del reglamentario revólver del 38.

Encañonó a Powell.

—Sucio hijo de perra...

Roddy Powell le dirigió una despectiva mirada.

—Celebro que te quites la máscara, Ernest.

—Te crees muy inteligente, ¿eh?

—¿Me he equivocado acaso?

Ernest Robson desencajó sus facciones en feroz mueca.

—No, maldito... no te has equivocado. Yo soy el asesino. Gracioso, ¿verdad?

—Me gustaría saber qué te impulsó a ello.

La ira pareció acentuarse en el rostro de Robson. Como si fuera a sufrir un ataque de apoplejía.

—¿No te lo imaginas? Todo empezó cuando Judith me dijo que ni siquiera iba a ser candidato para el puesto de Neilson. ¿Cómo diablos podía saberlo ella? Tenía un buen confidente. Alan Randolph. ¡El bastardo de Alan! Cuando siguiendo tus consejos regresé a mi casa, descubrí a Alan y Judith. Aturdido y sin poder reaccionar giré sobre mis talones. Antes de entrar en The Snake me encontré a Norman Cooper. Sutilmente intentó sobornarme. No era la primera vez, pero en esta ocasión acepté imponiendo mis propias condiciones. Sabía que estaba en dificultades y me comprometí a solucionar sus problemas. Cooper desconfiaba de mí; pero pronto le di pruebas de que estaba dispuesto a todo. A cambio de mi trabajo recibiría doscientos mil dólares. ¡Un cuarto de millón! Suficiente para proporcionar a Judith la clase de vida que ella ambiciona.

—Y tu trabajo consistía en matar a tres muchachas.

Rob asintió.

Con nervioso movimiento de cabeza.

—Correcto, Roddy. La organización de Cooper domina la trata de blancas en todo el estado. Warren Gord y otros como él reclutan

a las jovencitas. Jennifer, Paula, Mariam y Constance cayeron en las redes de la organización; pero se mostraron rebeldes e intentaron delatar a Norman Cooper. Era preciso eliminarlas. Jennifer Johnson fue la primera en caer, suministrándole una sobredosis de heroína. Fue entonces cuando toda la Brigada 77 se lanzó sobre Cooper. Éste temía dar los siguientes pasos. Había desaparecido cierto filme, realizado para someter a chantaje a elevadas personalidades. En la película estaban Jennifer, Mariam, Constante y Paula. El que aparecieran nuevas víctimas resultaría muy sospechoso, máxime con la Brigada 77 olfateando la presa. Cooper mantuvo a las tres muchachas encerradas en un sótano durante semanas. Sin atreverse a eliminarlas hasta que la película fuera destruida. Yo le informé que desconocíamos la existencia de semejante filme. Y le propuse mi plan para desembarazarnos de Paula, Miriam y Constance.

—¿Fue idea tuya?

Robson rió.

Sin dejar de encañonar a Powell.

—Sí, Roddy. Diabólico, ¿verdad? Necesitábamos a un hombre de paja. Un infeliz que se diera a conocer como el asesino, telefoneando al inspector Neilson. Nuestro hombre fue Spencer Bolling. Cooper le prometió veinticinco mil dólares por desempeñar su papel. El muy estúpido creyó que al final quedaría con vida.

Le hicimos creer que saldría hacia México con los veinticinco mil dólares y un pasaporte falso. Bolling, al presentarse como asesino, estaba sentenciado. El verdadero asesino era yo, Roddy. Yo maté a las tres muchachas.

—¿Por qué, Ernest? ¿Por qué? No era necesario. Cualquier asesino a sueldo de Cooper podía hacerlo.

—Quise ser yo, Roddy. Y no sólo para que Norman Cooper confiara plenamente en mí. Si siendo el mejor policía no se me recompensa, me convertiría en el más sanguinario y cruel de los asesinos. Y mi recompensa sería de doscientos cincuenta mil dólares. Cooper se mostró entusiasmado con mi plan. Nadie sospecharía de la organización. Todo sería obra de un sádico asesino enamorado de Jennifer. Acabé con Paula Leigh en el hangar. Poco más tarde, cuando yo estaba en el Departamento, se recibía la llamada de Spencer Bolling. Recitando lo ya acordado. Igual ocurrió con Mariam y Constance.

—Bolling sabía cuándo cortar la comunicación. Tú le habías mencionado el tiempo exacto para que no fuera detectada la llamada.

—En efecto. En el último asesinato debía dejar pruebas. De ahí que Bolling alquilara personalmente el apartamento y dejara sus huellas en la botella. También se le ordenó que prolongara la última llamada al inspector.

—Sólo que Spencer Bolling ignoraba que iba a ser eliminado. La promesa de una identidad falsa en México no se cumplió.

—¡Por supuesto! El propio Cooper, apenas colgó Bolling el aparato, le ató y amordazó. Yo simularía un enfrentamiento con Bolling. También sabía que Alan Randolph estaba de vigilancia en Barrio Locks. De ahí que eligiera el cementerio de autos. Alan sería uno de los primeros en acudir. Ocurrió tal como mencionaste. Alan me vio junto al maniatado Spencer Bolling y entró confiado. Con la «Luger» le disparé y luego, utilizando mi revólver, acabé con Bolling, desatándole y colocando la «Luger» en su diestra.

—Diabólico.

—Gracias por el cumplido, Roddy. Este trabajo para Cooper me va a abrir nuevos horizontes. Está muy satisfecho. También le alerté que seguía los pasos de Warren. El presentarse voluntariamente fue idea mía. Pronto saldrá bajo fianza. Norman Cooper me ha prometido un millón de dólares anuales si trabajo para su organización. ¿Qué te parece?

—Estás loco, Ernest.

—¿Eso crees? Loco he sido dedicando mis mejores años defendiendo la ley por un miserable sueldo, mientras que hombres como Norman Cooper, asesinos en potencia, nadaban en la abundancia. Necesito a Judith. Por ella lo he hecho todo. No me importa su traición, los asesinatos cometidos..., nada me importa. Sólo ella. Hoy llegó entusiasmada. Soy el héroe de la jornada, Roddy. Le prometí que todo cambiaría. Y ahora lo cumpliré. Judith permanecerá siempre a mi lado. Tendrá todo cuanto desee.

—La Brigada 77 jamás ha fracasado, Ernest. Tú lo sabes. Te descubrirán.

—No seas iluso. El caso quedó cerrado. Hicimos que Spencer Bolling llevara una especie de diario para evitar investigaciones posteriores.

—Lo sé. El único error fue dedicar la fotografía de Jennifer Johnson.

—Había que dar fuerza a la historia falsa de amor entre Jennifer y Bolling.

—Un experto descubrirá que Jennifer Johnson jamás escribió esa dedicatoria.

Robson volvió a reír, divertido.

—¿Y quién se va a molestar en eso? Sólo tú, con tus inteligentes deducciones, sabes la verdad. Y tú vas a morir, Roddy.

—¿Sin remordimientos?

—Soy otro hombre, Roddy. El estúpido policía ya no existe. El temor a perder a Judith me ha transformado. Por ella soy capaz de todo. Ya lo he demostrado, ¿no es cierto? Norman Cooper vendrá de un momento a otro para darme los doscientos cincuenta mil dólares. Le diré que sus muchachos se encarguen de tu cadáver.

—Suponía que esperabas a Cooper. De ahí que indicaras a Judith que regresara a Sacramento.

—Eres muy listo, Roddy. El inspector Neilson no sabe apreciarte. Lamento que...

Sonó el llamador de la puerta.

Ernest Robson hizo un movimiento con el revólver.

Powell se incorporó. Encañonado por Robson, acudió hacia el *living*. Este último abrió la puerta.

Un individuo de elegante vestimenta penetró en el *bungalow*. Frisaba en los cincuenta años de edad. Rostro adiposo y grasiento. Su diestra sostenía un negro maletín.

Bizqueó al descubrir la presencia de Roddy Powell.

—¿Qué hace aquí, Robson?

Ernest Robson rió en sonora carcajada.

—Tranquilo, Cooper. El bueno de Powell lo ha descubierto todo. ¿Vienes solo?

—Dos de mis hombres esperan fuera en el auto. ¿Quieres que se encarguen de Powell?

—Ajá.

—Es preferible sacarlo ya fiambre. ¿Me permites ese placer, Robson? El bastardo de Powell nunca gozó de mi simpatía.

Ernest Robson se encogió de hombros.

—Tuyo es, Norman.

Cooper extrajo una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

Disparó fríamente.

Sobre Ernest Robson.

Un balazo en la boca.

—No me agradan los traidores... y ahorro un cuarto de millón.

Ahora tú, Powell...

Norman Cooper no catalogó bien la reacción del detective.

Cuando quiso disparar sobre Powell ya éste se había abalanzado sobre él. Le aplicó un rodillazo en el bajo vientre, seguido de un golpe tras la nuca.

Su acción fue vista por los dos individuos que permanecían en el exterior. Apoyados en un «Buick». Se apoderaron de sus armas.

Roddy Powell también se percató de ello.

Se arrojó al suelo.

Antes de caer sobre la alfombra del *living* ya empuñaba su revólver.

Disparó dos veces.

Con mortífera puntería.

Los dos hombres recibieron el proyectil en la frente. Tras rebotar sobre la carrocería del «Buick» cayeron, inertes.

Powell se incorporó.

Sus grises ojos contemplaron fijamente el cadáver de Ernest Robson.

Cooper parecía recuperar el conocimiento, pero el detective de la Brigada 77 no se lo permitió. Con el cañón del revólver le propinó dos brutales trallazos en pleno rostro.

Roddy Powell, cansinamente, acudió al salón, atrapando el teléfono.

Marcó un número.

Su voz también sonó cansada:

—¿Inspector Neilson...?

EPÍLOGO

La muchacha depositó los dos combinados sobre la mesa para acto seguido acomodarse en el sofá junto a Powell.

—¿Cuándo empiezas a trabajar, Roddy?

—Mañana.

—Ha sido una semana maravillosa.

—¿De veras?

Cynthia le arrojó los brazos al cuello. Sus dedos comenzaron a jugar tras la nuca de Powell.

—¿No opinas igual?

—Oh, sí...

—Se te presenta un brillante futuro, Roddy. Tu ascenso a sargento de la Brigada 77 es dado como hecho. Apuesto a que puedes mantener dignamente un hogar.

Powell entornó los ojos.

Se separó de la muchacha.

—Muy graciosa. Dudo que me asciendan a sargento, pero de ocurrir semejante cosa sería degradado en la primera misión encomendada. Mis métodos no gustan. Soy la oveja negra de la Brigada 77. Y en cuanto al sueldo es preferible no hablar. Es algo demasiado triste.

—Entonces... ¿por qué no renuncias?

—Me gusta mi trabajo, Cynthia. No lo cambiaría por nada.

—Puedes compartirlo. Hay muchos policías felices en su matrimonio. No puedes juzgar todo por lo ocurrido a Ernest Robson.

—Olvídalo.

—No me importaría estar sola en casa gran parte del día. Así te recibiría con más entusiasmo al regresar. Puedo dedicarme a pintar,

cuidar la casa, los niños...

—¿De qué diablos estás hablando?

—De nosotros, querido.

—Oye, Cynthia...

—Seremos muy felices, Roddy.

Powell tragó saliva.

—No lo dudo, nena; pero no quiero ser un estorbo para tu brillante carrera. Tú eres una gran artista y...

—¡No te burles!

—Oh, sí... Hoy mismo llamaron de la Arts Galería y...

—¿De la Arts Galería? ¿Por qué no me lo has dicho? —Cynthia se incorporó veloz—. ¿Qué querían, Roddy?

—Pues... hablar contigo... no sé...

—¡Te llamaré para almorzar juntos, Roddy! ¡Espérame...!

Cynthia atrapó nerviosamente su bolso de mano precipitándose hacia la salida.

Powell respiró con fuerza.

Cynthia estaba resultando sumamente peligrosa.

El improvisar lo de la Arts Galería le había salvado de momento; pero estaba seguro de que Cynthia volvería a la carga.

Sí.

Las mujeres como Cynthia son endiabladamente peligrosas.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.